



Vicente Llorens

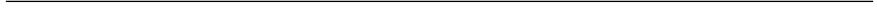
LITERATURA, HISTORIA, POLÍTICA

Introducción de Fernando Durán López

LITERATURA ESPAÑOLA. SIGLOS XVIII Y XIX

ATHENAICA

EDICIONES UNIVERSITARIAS
EDIÇÕES UNIVERSITÁRIAS



Vicente Llorens Castillo (1906-1979) fue uno de los historiadores de la literatura más influyentes del siglo pasado, en particular en lo referido al primer tercio del siglo XIX y al tema del destierro en las letras españolas, en los que dejó un libro pionero y ya clásico, *Liberales y románticos* (1954). Llorens había sido un combatiente republicano exiliado en 1939, que reconstruyó su carrera académica como profesor universitario en Santo Domingo, Puerto Rico, Baltimore y, sobre todo, Princeton. Desde 1956 regresa periódicamente a España y es uno de los primeros en reintegrarse de forma activa a la vida intelectual del país, mas sin abandonar nunca su condición esencial de exiliado. Fruto de ese retorno fue el libro *Literatura. Historia. Política*, aparecido en 1967 en Ediciones de Revista de Occidente, donde presentó al público español una colección de doce ensayos sobre temas que en su mayor parte giraban en torno al problema literario que suponía el exilio; los textos originales habían aparecido entre 1948 y 1967 y suponían un compendio de lo mejor de su producción en el exterior y, desde poco tiempo antes, también en el interior. En esas piezas, además de rigurosos estudios sobre autores como Blanco White, Jovellanos, Moratín, el Duque de Rivas o Pedro Salinas, entre otros, hay una dimensión y un interés mucho más amplio: los artículos componen un complejo diálogo de voces y silencios entre la España del franquismo y la del exilio, sumamente representativo de la (im)posibilidad de que el desterrado retorne. Acompaña esta reedición un estudio preliminar que ahonda en todas estas cuestiones.

LITERATURA ESPAÑOLA. SIGLOS XVIII Y XIX

Directores del Consejo:	Fernando Durán López Universidad de Cádiz
	Alberto Romero Ferrer Universidad de Cádiz
Consejo editorial:	Alberto González Troyano Universidad de Sevilla
	António Apolinário Caetano da Silva Lourenço Universidade de Coimbra
	Rosalía Baltar Universidad Nacional de Mar del Plata
	Francisco Cuevas Cervera Universidad de Santiago de Chile
	Jorge Chem Sham Universidad de Costa Rica
	Miguel Ángel Lama Hernández Universidad de Extremadura
	Jesús Rubio Jiménez Universidad de Zaragoza
	Elena de Lorenzo Álvarez Universidad de Oviedo
	María José Rodríguez Sánchez de León Universidad de Salamanca
	Daniel Muñoz Sempere King's College London

Índice

EL DESTERRADO RETORNA	6
Una biografía universitaria	6
Volver a casa	15
La gestación del libro	20
Los artículos, entre América y España	28
Algunas reacciones	41
El sillón U de la Academia	47
Bibliografía	50
EL RETORNO DEL DESTERRADO	54
Vida y esperanza	54
La vuelta a la patria	56
La imagen de la muerte	58
Muerte y reintegración	61
Perdón y dignidad	63
La esperanza cumplida	66
El desengaño del retorno	68
EL DESTERRADO Y SU LENGUA	
SOBRE UN POEMA DE SALINAS	73
SOBRE LA APARICIÓN DE «LIBERAL»	84
MORATÍN, LLORENTE Y BLANCO WHITE	
UN PROYECTO DE REVISTA LITERARIA	93
DE LA ELEGÍA A LA SÁTIRA PATRIÓTICA	105

JOVELLANOS Y BLANCO EN TORNO AL «SEMANARIO PATRIÓTICO» DE 1809	117
LA INQUISICIÓN EN SUS POSTRIMERÍAS	139
HISTORIA Y FICCIÓN EN EL «QUIJOTE»	155
LOS MOTIVOS DE UN CONVERSO	172
SOBRE UNA NOVELA HISTÓRICA: «RAMIRO, CONDE DE LUCENA»	186
LA INTENCIÓN DEL «QUIJOTE»	199
ENTRE ESPAÑA Y AMÉRICA EN TORNO A LA EMIGRACIÓN REPUBLICANA DE 1939 . . .	212
CRÉDITOS	222

El desterrado retorna

Fernando Durán López

Universidad de Cádiz

Una biografía universitaria

Los profesores universitarios no acostumbran a tener biografías accidentadas: ni bruscos giros, ni emocionantes sucesos, tan solo un currículo anodino de publicaciones y empleos, y las intersecciones con el aparato sociopolítico de cualquier persona cualificada por destrezas específicas en el pensamiento y la enseñanza superior. Claro que España ha procurado a sus académicos un entorno harto accidentable, y el secular cambalache de política, intelectuales y opinión pública ha colocado a innumerables hombres de universidad en la puerta giratoria entre el escaño y la cátedra, o lo que vale lo mismo en términos históricos de los siglos XIX y XX, entre el poder y el exilio, el gobierno y la cárcel, la reflexión y la acción. Tales vaivenes no solo han afectado a quienes ambicionaron el ejercicio político en las magistraturas públicas o la vida de partido, sino también a los que aspiraban a un desempeño profesional regular, sin mayor compromiso cívico que cualquier particular. La guerra civil, en concreto, proporcionó ese violento giro argumental —a menudo trágico— a la vida de cientos de profesores de ambos bandos, mientras que la represión y el exilio subsiguientes arrojaron al torbellino de la desdicha o a la ruleta de la incertidumbre a los docentes republicanos que sobrevivieron, dentro o fuera del país, a la catástrofe de 1939.¹

1. Vicente Llorens lo contaría así en unas conferencias de 1979: «En cifras redondas el número de catedráticos numerarios de las universidades españolas al iniciarse la guerra de 1936 pasaba apenas de quinientos. Tres años después, a consecuencia de las bajas

La vida del profesor valenciano Vicente Llorens Castillo, que por su inercia estaba encaminada a transitar el apacible *cursus honorum* de un historiador de la literatura, jalónado de promociones académicas, investigaciones, artículos y libros, que solaparían su biografía con su bibliografía, es un ejemplo perfecto. Aunque su trayectoria es bien conocida, merced a los trabajos que se le han dedicado en las últimas décadas,² no vendrá mal resumir sus hitos y accidentes clave, que llevan de la rutinaria paz de las bibliotecas al compromiso patriótico y, al final de este, a la lucha por sobrevivir, a los riesgos y la reinvenCIÓN personal en lejanas tierras reencarnado en un nuevo avatar académico, sin duda distante del que le hubiera tocado habitar en una España menos cainita. Este resumen será instructivo, porque no se trata meramente de un manojo de hechos externos a la producción del erudito: esos hechos otorgan una personalidad y un objetivo moral, además de intelectual, a las tareas universitarias realizadas por Llorens. Su vida, entonces, es parte integral de su obra.

Nacido en 1906 en Valencia, Vicente Llorens estudió Filosofía y Letras, primero en su ciudad natal y luego en Madrid, donde se licenció en 1926. Desde siempre se movió en medios republicanos de corte progresista. Su primer círculo de amistades literarias fue el valenciano, del que formaron parte un amigo de toda la vida, Max Aub, e insignes figuras como Juan Gil-Albert o Andrés Segovia, además de otras que fueron notables en el ámbito local y regional. Tras obtener su título inició un periplo formativo en Europa, muy característico de aquella generación, aprovechando una beca de la institución señera en la renovación científica española de la Edad de Plata, la Junta para la Ampliación de Estu-

producidas por defunción natural o violenta, por emigración, por jubilación y por destitución, dicho número se había reducido aproximadamente a la mitad. Muchos de los que no emigraron fueron destituidos, para ser repuestos algunos al cabo de varios años o no ser repuestos nunca. Otros corrieron peor suerte» (Llorens, 2003: 103). Lo mismo cabe decir de los peldaños inferiores del escalafón académico.

2. Véase la bibliografía final, en la que destacan los excelentes estudios y reediciones realizados por Manuel Aznar Soler y su grupo de estudios sobre el exilio literario español de 1939 (GEXEL, de la Universitat Autònoma de Barcelona).

dios. Ya por entonces colaboraba con el Centro de Estudios Históricos, donde conoció a Pedro Salinas y a Américo Castro, que tuvo parte en su marcha al extranjero. Trabajó como lector de español en las universidades de Génova, Marburgo y Colonia, lugar este último en que tuvo como mentor a Leo Spitzer. Eso le daría un amplio bagaje y dominio de idiomas, e igualmente una perspectiva europea de la historia cultural española que impregnaría sus escritos futuros; también conoció en 1928, en Génova, a su compañera de muchos años, la italoargentina Lucía Chiarlo. En Alemania asistió con horror al ascenso de Hitler, sobre el que envió artículos a la prensa valenciana; la destitución de Spitzer por los nazis y el sombrío rumbo que emprende la universidad alemana precipitan su regreso voluntario a España en 1933.

Los años que transcurren desde entonces tendrían que haber servido para estabilizar su precaria posición profesional, si no fuera porque el mundo estaba en un equilibrio todavía más precario. Por medio de Pedro Salinas se incorporó a la sección de literatura contemporánea del Centro de Estudios Históricos, con José María Quiroga Pla y Guillermo de Torre. Su círculo madrileño repite la nómina de muchas de sus relaciones en el exilio: Jorge Guillén, Eugenio Fernández Granell, Tomás Navarro Tomás, José F. Montesinos, Dámaso Alonso... Su medio de vida consistía en impartir clases en la Escuela Internacional Plurilingüe de Madrid, de la que fue director, por mediación de José Castillo. En ese periodo, ya doctorado, produjo escasos trabajos académicos, sin llegar a definir un perfil nítido de investigación. En el *Índice literario* del Centro de Estudios Históricos, al parecer, hay numerosos artículos suyos sin firmar (Aznar, en Llorens, 2006: 25). Lo que estuviera madurando en su escritorio quedó agostado por el vendaval de 1936, el año en que se casa con Chiarlo, mientras los españoles se divorcian de sí mismos.³

3. «La guerra de España me sorprendió cuando empezaba a publicar algunas cosas, cuando preparaba otras de mayor volumen y cuando ya mi aprendizaje científico iba adquiriendo alguna consistencia. Todo quedó interrumpido. He perdido tres años y quién sabe cuántos más tendré que volver a perder ahora» (carta de Llorens a Raúl Mestri Arredondo, París, 12-X-1939, en Aznar Soler, 2006b: 117).

El empeño de Llorens en la causa republicana durante la guerra no se limitó a colaborar desde la vida civil y como persona próxima al PSOE, sino que lo indujo a militarizarse (llegó a teniente del cuerpo de carabineros). Apenas sirvió en puestos de combate,⁴ pero ese paso conlleva una implicación bastante mayor de la previsible en alguien de su trayectoria.⁵ Usó su conocimiento de lenguas y su destreza intelectual en las tareas que le encomendaron en la retaguardia. Formó parte de las Misiones de la Cultura, actuó como intérprete para el Estado Mayor Central del Ejército Popular, quien le asignó como traductor al general austriaco Julius Deutsch, entre otros cometidos. Viajó con el gobierno desde Madrid a Valencia en noviembre de 1936; más tarde, volvió a seguir a las autoridades a Barcelona a fines de 1937 y hasta la derrota.

Un acerbo exilio comienza. Llorens colaboró unos meses en París en una de las oficinas consagradas a velar por los excombatientes mientras hacía innumerables gestiones para emigrar a distintos países (cf. Aznar, 2006b). Su afán inicial era obtener alguna plaza en una universidad

4. En una entrevista de 1976 afirma que: «fui miliciano, sargento, alférez y llegué a teniente de carabineros [...]. Estuve aquí en varias acciones en las Navas del Rey, en Torrejón de Velasco, en la carretera de Extremadura, en los primeros meses de la guerra» (en Llorens, 2006: 68).

5. En el Archivo Histórico Nacional, dentro de la conocida *Causa General*, legajo 1398, exp. 5, ff. 117-118, se contiene la referencia de dos artículos «de excitación a la rebelión» firmados por Vicente Llorens en el periódico *Juventud Roja* (órgano del POUM de Levante, rara publicación de la que hay ejemplares, que no he visto, en el salmantino Centro Documental de la Memoria Histórica): «Cuando la contrarrevolución va acometiendo» (2-IV-1937); «Una idea, un fusil, una finalidad» (17-IV-1937). Esta información forma parte del extracto de contenidos de los periódicos republicanos publicados en la provincia de Castellón, que la Auditoría de Guerra remitió al juez de la Causa General en Castellón el 27-XI-1938 (f. 97). Indico este dato a título puramente informativo, pues no parece que el Llorens que nos interesa publicase piezas de exaltación bélica en una revista de juventudes poumistas, así que probablemente se trate de un homónimo. Ese nombre y apellido son frecuentes en la región levantina; hubo un Vicente Llorens Casas, de Godella (Valencia), fusilado en Paterna con otra treintena de presos republicanos en junio de 1940, y otros Vicente Llorens afloran en las bases de datos de represaliados de la guerra y la posguerra.

norteamericana, cosa difícil entonces; tanteó otros destinos, luego consiguió organizar su marcha a México, pero finalmente se frustró y el Servicio de Evacuación de Republicanos Españoles solo lo pudo incluir en un contingente con destino a la República Dominicana. Esa iba a ser su experiencia singular, ya que la emigración a esa isla fue selecta y no muy abundante. El país de acogida, además, sufría la cruel dictadura de Rafael Leónidas Trujillo, en cuyas persecuciones muchos exiliados se verían pronto atrapados. Permaneció allí entre 1939 y 1945, ocupando una cátedra de literatura española que le procuraron en la Universidad de Santo Domingo, dirigiendo el teatro universitario y forjando una estrecha amistad con otros exiliados como Eugenio Fernández Granell, Javier Malagón, Jesús Galíndez, José Almoina... Los dos últimos citados acabaron asesinados por agentes trujillistas en 1956 y 1960 respectivamente, lo que indica los riesgos a que aún estaban expuestos los emigrados. El paso por la isla caribeña lo marcó tanto que en 1975 le dedicó su único libro autobiográfico —aunque en un sentido profundo toda su obra es autobiográfica—, las *Memorias de una emigración*.⁶

En lo intelectual, en Santo Domingo (entonces Ciudad Trujillo) dio los primeros pasos, aún vacilantes, de un proyecto de investigación sobre el exilio como tema en las letras españolas (cf. Loyola, 2017). Es decir, eligió una materia y un enfoque, netamente vivenciales: atalayar la cultura patria con la mirada de los exiliados, partiendo del destierro forzado como hecho recurrente que crea una expresividad y unos motivos literarios propios, y que a la postre define el devenir histórico de lo español. En Santo Domingo trenzó los primeros miembros de su posterior carrera: solo unos artículos breves y una incipiente tanda de materiales recopilados, pero fundamentales para su futuro como estudiante de la literatura española.⁷ También impartió conferencias —allí,

6. Su cercano amigo Javier Malagón, con el que sostendría asidua correspondencia e intercambio de favores muchos años, también dejó testimonio de la vivencia dominicana del grupo de profesores que recalaron en la isla (Malagón, 1981).

7. Abrió también otra línea, luego no continuada, de estudios sobre literatura dominicana, que posee evidente carácter coyuntural de cara a su integración en el medio académico de acogida.

en Cuba y en Puerto Rico—, además de colaborar en la prensa. Sin embargo, en aquella universidad lo constreñía la falta de medios: la incorporación de numerosos profesores españoles a su plantilla formaba parte de una estrategia de las autoridades académicas para mejorarla y modernizarla (cf. Malagón, 1981: 326). Aunque el sueldo no era excesivo y Llorens tenía que completarlo haciendo traducciones y dando otras clases, la universidad al menos les ofrecía a los desterrados el amparo que necesitaban, que no es poco, pero en términos de trabajo científico ellos aportaban más de lo que recibían.

Llorens tuvo más suerte que otros y en los años inmediatos seguiría un itinerario de puestos docentes hasta lo más alto del distinguido entramado universitario de la costa este de Estados Unidos. La plataforma de salida se la ofrecería la Universidad de Puerto Rico, culturalmente un país hispánico, pero políticamente asociado a la poderosa república del norte. Era un perfecto territorio de transición, donde enseñó entre 1945 y 1947, y dejó tras él como de costumbre una nutrida comunidad de amigos, tanto locales como españoles exiliados. Allí seguiría madurando, de modo más definido ya, sus investigaciones sobre poesía del exilio. Pero el salto cualitativo se produjo al sumarse los dos siguientes cursos al personal de la Johns Hopkins University, prestigioso centro privado de Baltimore, en cuyo departamento de español enseñaban Leo Spitzer y Pedro Salinas, que puso un denodado empeño en conseguir su contratación.

Al acceder a este empleo sus líneas de investigación experimentan una mudanza capital: si su paso por Santo Domingo y San Juan le había permitido delimitar un tema de estudio, las universidades norteamericanas convertirían ese tema en una investigación amplia, rigurosa y documentada, al contar con bibliotecas y recursos como los había en pocos lugares del mundo. En Baltimore el plan primitivo de desentrañar el asunto del destierro en la poesía hispánica de todos los tiempos, que propendía a un enfoque estilístico y comparativista en términos de análisis literario interno, mutó hacia algo más acotado y con una metodología claramente histórica: el estudio de la emigración de los escritores liberales a Londres durante la Ominosa Década. El hallazgo en la prensa británica decimonónica de piezas escritas por emigrados

españoles o relativas a España le mostró un vasto campo completamente desconocido, pero cuyo examen histórico podía seguir ligando a una visión más ahistórica y vivencial del exilio como constante española, que a su vez trazaba rutas paralelas entre lo ocurrido en 1823 y en 1939. Así quedaban ya perfilados el concepto y la temática que definirían su aporte a la cultura española.

A pesar de las buenas condiciones que reunía Baltimore, Llorens aún estaba en condiciones de mejorar. Esta vez fue otro viejo maestro, Américo Castro, quien movió los hilos a su alcance para su contratación.⁸ Princeton University, en el estado de Nueva Jersey y a corta distancia de Nueva York, era y es una elitista universidad privada, una de las ocho que integran la Ivy League. Don Américo ocupaba un puesto central en su departamento de español, adonde había llegado en 1940 y donde creó una fecunda escuela. De carácter difícil, susceptible y no poco egocéntrico, Castro estaba ya en la fascinante recta final de su carrera, embarcado en una audaz reinterpretación global de la historia y la cultura de España —de la identidad española, en última instancia—, con ribetes visionarios y muy polémicos; Llorens, a quien apreciaba y respetaba, era un posible sucesor en su cátedra de Princeton, aunque el discípulo, mucho más sobrio y positivista, y menos tendente a extrapolar sus conclusiones, estaba lejos de su modo de desempeñar el trabajo intelectual. En 1953 Castro se convirtió en emérito y en efecto buena parte de su hueco en el departamento lo llenaría discretamente Llorens, que en esos años culminaba su obra cumbre: *Liberales y románticos. Una emigración española en Inglaterra (1823-1834)*, que le editó en el último trimestre de 1954 El Colegio de México. Fue su consagración profesional y el libro por el que sigue siendo más recordado.

8. BVNP, AVLL 585, carta de Vicente Llorens a Eduardo Ranch (Baltimore, 19-XII-1948): «estas vacaciones no saldré de aquí, dándole que le das a la pluma o a la máquina, preparando algunas conferencias que he de dar aquí, en Filadelfia y en la Universidad de Princeton, esta no solo en inglés sino de verdadero compromiso, ante Castro y otros sabios colegas que me esperan algo así como para darme la alternativa». En una carta posterior (AVLL 586, Baltimore, 5-III-1949) cuenta al mismo Ranch que esa conferencia reafirmó la decisión de contratarle.

En esa década de los años 50, la primera del profesor valenciano en Princeton,⁹ acontecen varios hechos capitales en su vida y su obra. Por un lado, es menester subrayar sus viajes a España a partir de 1956, en un primer momento motivados por una enfermedad de su padre.¹⁰ Es entonces cuando adquiere la nacionalidad estadounidense a fin de protegerse de cualquier problema legal en España. Una vez que comprobó, más allá de la urgencia familiar, que era viable casar su dignidad y convicciones de exiliado con estancias temporales en la España franquista, a la que no le ataba vínculo laboral ni dependencia alguna, los viajes se repitieron casi todas sus vacaciones de verano. Solía pasar unos días en Madrid, asistía a la animada tertulia de Antonio Rodríguez Moñino y veía a amigos viejos y nuevos; luego iba a Valencia, donde acabó por hacerse una casa en Jalance, también habitual lugar de peregrinación de conocidos y discípulos. Volveré sobre ello, pero es importante destacar que desde 1956 Llorens se reintegra (parcialmente) en la vida española.

Un segundo factor clave de esos años lo supuso el éxito de *Liberales y románticos*, que lo coloca en un lugar privilegiado en el escalafón universitario norteamericano (sería la base para su promoción en 1956 a la cátedra en Princeton, pues hasta entonces era «associate professor»). Pero a la vez ese gran libro, que fue ganando presencia hasta convertirse en un clásico en su campo, le había abierto un territorio inmenso que seguir explorando y creaba una expectativa de continuidad. Llorens trazó esa ruta de continuación al comenzar a investigar de forma

9. Ocupó esa cátedra hasta 1972, en que pasó a emérito. No obstante, por necesidades económicas sobrevenidas, estuvo algunos años más impartiendo clases en la universidad estatal de Stony Brook, en las afueras de Nueva York. En 1976 se jubiló definitivamente.

10. En lo más personal esos años están lastrados por la larga enfermedad y posterior fallecimiento de su esposa en 1957; su dolencia degenerativa se arrastraba desde muchos años atrás, y al menos desde 1950 había alterado la vida de Llorens en todos los niveles, no solo el afectivo. Los viajes a España llenan en parte ese vacío y en uno de ellos, ya siendo viudo, conocería a Amalia García Gascón, que en 1962 se convirtió en su segunda esposa y ha tenido un papel clave en el depósito y conservación de su archivo en Valencia.

sistemática la vida y obra de José María Blanco White, su principal materia de trabajo durante mucho tiempo, aunque no llegaría a producir la tan esperada monografía extensa que dejó a medio elaborar. En los años siguientes sus estudios sobre Blanco White y, en general, sobre las letras españolas alrededor del exilio liberal y el primer Romanticismo, monopolizarían casi todas sus publicaciones. En España esas investigaciones atrajeron la atención de colegas académicos, pero también de las editoriales.

A todos los efectos, para Llorens, la década de los 50 concluía con un cambio en las condiciones y perspectivas de su exilio; anticipa así procesos que otros irían explorando después. Es en ese punto donde quisiera ahora detenerme, porque posee relevancia para entender el valor y el sentido del libro de 1967 que ahora se reedita. No es necesario, en cuanto a los fines de esta presentación, ir más allá en la biografía de Llorens, que a estas alturas ya ha derivado en una biobibliografía académica al uso, sin sobresaltos, si bien nunca del todo curada del trauma del exilio y sus pesares. Baste con subrayar que, en un significativo movimiento personal, el interés por la diáspora liberal del XIX y por Blanco White, que nunca desaparecería, en los años 60 pierde el protagonismo ante el deseo de Llorens de convertirse en historiador riguroso, a la vez que cronista subjetivo y abogado defensor, de su propia diáspora republicana.

En efecto, con una España estable en su dictadura y unos exiliados dispersos que iban desvaneciéndose en sus desilusiones y sus vidas, transcurridos más de veinte años del desastre, se sintió obligado a documentar el exilio a fin de conservar para la España presente y futura la memoria del legado cultural, moral y vital que dejaba detrás. Nuevamente la urgencia del dolor desplazó el eje de interés de la historia al presente: o quizás es que el presente se estaba ya convirtiendo en objeto histórico, y en el delicado momento en que la memoria personal y la mirada objetiva de la historia aún comparten el mismo espacio, Llorens quiso ser fiel a ese compromiso. A la postre tampoco llegaría a culminar su ambicioso proyecto sobre el exilio republicano, pero en los últimos quince años de su carrera sería un eje central y produciría bastante logros parciales (cf. Llorens, 2006). Por eso en 1967, cuando decide reco-

pilar lo más significativo de sus estudios breves publicados en revistas y volúmenes universitarios, ambos exilios, el liberal y el republicano, aparecen emparejados: esto, si bien se mira, define la obra entera de este exiliado republicano, que bien habría podido ser un exiliado liberal cien años antes.

Volver a casa

El caso del profesor valenciano asentado en Princeton no es instructivo únicamente si lo contemplamos desde la pérdida del desterrado que busca tierra de acogida y remedio a sus heridas, sin perder de vista la iniquidad que padece y, más aún, la de la patria sufriente. Lo más distintivo es que materializa un temprano y aleccionador retorno a España. Retorno parcial y condicionado, mas retorno a fin de cuentas. Todas las heridas acaban cerrándose, bien que mal, pero no todas lo hacen a la vez, ni la serenidad de la salud recobrada alcanza por igual a todos los lastimados por la injusticia. Vicente Llorens fue uno de los primeros profesores exiliados que, sin ceder en su inequívoca lealtad hacia la lucha republicana, se afanó por conservar o reanudar los lazos con España, tanto vitales como profesionales. Ello acaso obligaba al penoso esfuerzo de callar en ciertas ocasiones: respetar las opiniones y los contextos de muchos españoles afectos al régimen, o cómodamente indiferentes, así como no dar pasos que concitasen el encono del gobierno de Franco, al que Llorens seguía detestando. Así que puso el énfasis, en lo que ataña a su desempeño público, en defender a los exiliados, reivindicar sus derechos y poner en valor su sacrificio por España y sus aportes a los países que los recibieron. Era el modo posible de preservar la dignidad democrática y republicana ahora que se antojaba inútil y contraproducente un embate frontal contra el franquismo por su parte.

En 1949, desde Baltimore, Llorens rechazó la propuesta de unos amigos muy cercanos de colaborar en el *Boletín de la Sociedad Castellonense de Cultura*: a pesar de que no había implicaciones políticas, se le hacía insoportable cualquier sombra de adhesión al *statu quo*. En una carta dolorida a Eduardo Ranch declina «por una cuestión moral de princi-

pio que no puedo quebrantar» (carta de 21-VI-1949, en Llorens, 2006: 44). Era demasiado pronto para regresar de cualquier forma, a pesar de que ya entonces él había asumido que la dictadura iba para largo y se había desengañado del liderazgo político del exilio, distanciándose de los más intransigentes, cada vez más alienados de la realidad. En su epistolario hay lamentos y sarcasmos al respecto desde 1939, pero destacaré una carta de 1949 a Jorge Guillén, cuando el poeta iba a viajar por primera vez a España; comenta con sorna las lúgubres perspectivas políticas: «hasta su programa mínimo del cambio de general (al que me adhiero), va siendo ilusorio. Después de pasarme la vida entre teorizantes y practicantes del mayor radicalismo político y social, ahora me declaro romanonista o garciaprietista».¹¹ Sus posteriores posicionamientos junto a los sectores más occidentalistas y anticomunistas del exilio van enanáloga dirección, aunque siempre tuvo en esas décadas un activismo político mínimo.

Así las cosas, Llorens solo restableció vínculos profesionales con el mundo universitario y editorial español a partir de la publicación de *Liberales y románticos* en 1954 y de su primer viaje a España en 1956. Estos tratos de colaboración y trasiego de publicaciones eran los normales en la docencia y la investigación, aunque es difícil hablar de normalidad en este caso. La guerra y el exilio habían destruido los centros de estudios superiores del país, roto continuidades de décadas y empobrecido hasta el extremo el nivel intelectual y la libertad de pensamiento de las aulas españolas. El nacionalcatolicismo se había enseñoreado de las cátedras tras una brutal purga de elementos discordantes; la censura gubernamental era rigurosa y el control de las varias familias del régimen sobre la vida cultural y científica tendía a una feroz y arrogante autarquía en las ideas —no otra cosa fue el «menéndezpelayismo» promovido en los años 40—, análoga a la que regía el terreno económico y al aislamiento diplomático tras la derrota del Eje.

Mientras tanto, lo mejor de la tradición académica de las dos generaciones precedentes, congregadas alrededor de las instituciones

11. BVNP, AVLL 590, carta de Vicente Llorens a Jorge Guillén, Baltimore, 24-V-1949.

fundadas a principios de siglo —Junta para la Ampliación de Estudios, Residencia de Estudiantes, Centro de Estudios Históricos...—, había quedado desagregado y expulsado fuera de España mediante el exilio de sus más eximios miembros. Desde el final de la guerra esos exiliados reconstruyeron laboriosamente en los países de acogida sus carreras, con una activísima solidaridad colectiva.¹² Destaca la red constituida en las universidades de los Estados Unidos, que ofrecían las condiciones materiales más ventajosas, y estaban creando o ampliando su oferta de estudios hispánicos para el nuevo papel que correspondía a la pujante superpotencia en el orden geopolítico continental y global. Puerto Rico, Canadá, Santo Domingo y, sobre todo México, con una red propia pero muy entrelazada, completaban un nutrido circuito norteamericano de cátedras, cursos, congresos, revistas y editoriales. Otros países de América jugaron papeles relevantes, pero más desconectados entre sí, como Argentina o Venezuela.

La reconstrucción de un entorno académico hispánico unificado —esto es, la confluencia de los círculos de estudiosos del exilio y del interior— fue un proceso lento y lleno de obstáculos, que no siempre dio frutos y que en el mejor de los casos implicaba una gran pérdida por el camino. Los puntos de encuentro neutrales, aunque fueron acrecentándose, escaseaban y tuvieron que ser levantados desde cero con parsimonia y cautela. Los motivos de esa rotura de puentes son obvios

12. El apoyo de los exiliados y sus amigos más cercanos en México, Estados Unidos y otros países fue crucial para que muchos se colocasen en universidades de aquel hemisferio u obtuviesen medios de subsistencia y plataformas de expresión. No hay más que repasar el epistolario de Llorens —él estaba en una posición privilegiada desde 1949, pero antes se había beneficiado de esas redes de ayuda mutua— para registrar un sinfín de recomendaciones, solicitudes y gestiones para hacerse con plazas, cursos estacionales, conferencias y otras formas de trabajo. No solo se pedían favores, sino que Llorens u otros en análoga situación avisaban a los interesados cada vez que tenían conocimiento de una vacante. Sobre la relación del exilio republicano con el hispanismo norteamericano, véase Larraz y López-García (2016). La valoración del impacto de los exiliados sobre los estudios hispánicos en Estados Unidos ha sido dispar y no está exenta de reproches (véase por ejemplo el artículo de Sebastiaan Faber en el monográfico recién citado).

y se compendian en uno: la herida sangrante de la guerra lo contaminaba todo. Había una incesante desconfianza entre los de dentro y los de fuera, basada en el conocimiento o la presuposición de los compromisos asumidos por unos y otros antes, durante y después de la contienda; los que gozaban del botín y los que habían sido expoliados no podían ver las cosas de la misma manera. Incluso cuando tal desconfianza no existía entre personas concretas, continuaba interponiéndose la desconfianza colectiva del régimen y su naturaleza intrínsecamente represora. El celo de la censura era mayor cuando se trataba de exiliados y, de igual modo, eran más grandes las trabas y riesgos potenciales para un editor a la hora de publicarlos. Un último motivo es corporativo: la naturaleza autosuficiente de cada sistema educativo y cultural en su sentido menos noble, es decir, relaciones de poder, amistad o enemistad, clientelismos y horizontes de expectativas en el escalafón o en la sociedad, estructuras burocráticas y rutinas en la administración de las actividades profesionales, así como los costes en tiempo, dinero y recompensa potencial que implicaba el trato entre individuos situados en países y continentes distantes.

El riquísimo epistolario de Llorens ofrece un variado muestrario de todos esos escollos. Pero quizás su lección más profunda no atañe a las trabas materiales, sino a las morales. El lenguaje y las inquietudes que afloran en los correspondientes son distintos cuando ambos son exiliados a cuando uno de ellos escribe desde España; pero también hay una grieta entre los emigrados que mantienen vivo el dolor del mal padecido y los resignados a continuar adelante y reconstruir los puentes posibles, si no los deseables. Porque el tiempo nunca pasa en balde y mirar hacia atrás nos convierte siempre en estatuas de sal. Más se nota incluso la diferencia —a menudo expresada en los silencios— entre quienes, desde España, se asumen integrados en el régimen y tantean con prevención o condescendencia lo que pueden esperar de los emigrados, y quienes, con solidaridad real o impostada, avanzan una cautelosa simpatía con la causa vencida. Viejos enemigos, nuevos amigos, una España transterrada y otra enterrada, caminos de ida y vuelta, paralelos o convergentes, fracasos compartidos o futuros que compartir: asoma toda la gama.

De esas dificultades puede dar cuenta, por no exhibir más que una muestra del paño, una carta enviada a Llorens por el también profesor exiliado Vicente Herrero Ayllón, que le contaba sus impresiones sobre la brecha abierta entre los universitarios de dentro y de fuera:

Estos días habrá Vd. tenido ocasión de ver a Paco Giral que quiso probar fortuna con Tierno, antes de que regresara a España, aunque creo que no hace mucho juego su humor con su apellido. Pretende nuestro amigo Giral establecer puentes de entendimiento entre los universitarios de allí y los que estamos en el exilio. Es una empresa loable pero extremadamente ardua. No sé bien si esta larga separación de nuestra patria de origen o el trato que llevamos hace tiempo con gentes de todas las procedencias y modos de pensar nos ha hecho más flexibles en el trato, y desde luego más comprensivos, pero lo cierto es que yo noto a nuestros connacionales actuales de trato desconfiado, altanero y un tanto híspidos por emplear calificativos atenuantes.¹³

Llorens fue de los más aventajados en reintegrarse a los círculos intelectuales del interior, por sus viajes a España, por el prestigio de *Liberales y románticos* y de su posición en Princeton y también, no cabe duda, gracias a su bonhomía y talante prudente y nada sectario. Por firmes que fueran sus convicciones republicanas y su solidaridad con el exilio, que lo eran mucho, no las usaba como ariete o como muro. En ese sentido sus actividades durante la década de 1960, cuando se estrechan esos lazos, representan un cambio difícil de observar en otros. De hecho, tras *Liberales y románticos* la mayor parte de sus proyectos, tanto realizados como fallidos, se negociaron con editoriales y colecciones españolas: Revista de Occidente, Castalia, Alianza Editorial, Labor y Ariel fueron las que culminaron la meta, pero no las únicas que iniciaron la carrera; a ellas hay que sumar revistas, libros colectivos, etc. Aunque Llorens nunca dejó de participar de los circuitos universitarios norteamericanos y de los circuitos culturales del exilio, desde los años

13. BVNP, AVLL 2712, México, 24-V-1967.

60 su producción académica es principalmente española, tanto por invitación como por iniciativa personal. Y el libro que mejor representa ese regreso es el que sacó en 1967 y ahora se reedita, y sobre el que ya existe un excelente análisis de José Carlos Mainer (2006), al que remito. Este volumen compone una suerte de carta de presentación o memorial, que pone en manos del lector español del interior un resumen de las líneas de trabajo que había desarrollado desde el exterior los veinte años precedentes.

Pero nunca se olvide que el regreso es incompleto y que el tiempo no pasa en vano: cada herida deja huella. Todavía en 1971 a Llorens se le hacían cuesta arriba ciertos alardes de aparente reconciliación, que no saldaban las deudas del pasado, sino simplemente hacían como si no existieran. Eso al menos creo percibir en el sarcasmo con que escribe esto a Jorge Guillén:

Un accidente automovilístico sin consecuencias personales nos obligó a permanecer en Madrid unos días más de lo previsto. Lo cual me permitió asistir a la recepción que dio la editorial Taurus con motivo de la aparición, el 1º de julio, del volumen colectivo *La obra de Américo Castro* [...]. Al acto asistieron muchos colaboradores y no colaboradores, y entre otros don Pedro Sainz Rodríguez, el mismo que destituyó a don Américo en Burgos, y que era, de los presentes, el más viejo de sus discípulos. Reconocerá usted conmigo que España es un país un tanto fuera de lo común.¹⁴

La gestación del libro

José Ortega Spottorno (1916-2002), hijo de José Ortega y Gasset, ocupó un relevante papel en la España de la posguerra como editor. Representaba un espíritu liberal, heredero del pensamiento de su padre, que aspiraba a la superación del autoritarismo franquista mediante la reconciliación nacional y una modernización del país que lo aproximase

14. BVNP, AVLL 675, carta de Vicente Llorens a Jorge Guillén (Jalance, 10-VII-1971).

a las sociedades europeas avanzadas; pero a la vez vivía con holgada comodidad dentro del régimen y rechazaba opciones izquierdistas o rupturas revolucionarias. Desde su regreso a España en 1939, tras el exilio parisino de su familia durante la guerra, encabezó varias empresas: reanuda la Editorial de Revista de Occidente, publica de nuevo la revista matriz desde 1963, crea Alianza Editorial y, en fin, es cabeza visible de los fundadores del diario *El País*.

La primera carta de Ortega Spottorno a Llorens que conserva el archivo de este es de mediados de 1963 y atañe a una colaboración del profesor de Princeton con la en ese momento renaciente *Revista de Occidente*,¹⁵ que siguiendo la línea ya indicada constituyó una de las pocas cabeceras propensas a restablecer un vínculo constante con la intellectualidad más moderada del exilio. Cuando se dirige a Llorens aquel ya llevaba siete años viajando a España y había publicado en *Ínsula* y en *Papeles de Son Armadans*, así que apostaba sobre seguro. Ortega, a partir de *Revista de Occidente*, promovió en 1966 Alianza Editorial, cuya principal seña de identidad fue aclimatar en España el formato de libro de bolsillo, con una colección que marcaría hondamente la cultura lectora del país. El encargado de dirigir esa línea fue Jaime Salinas, el hijo de Pedro, que recurrió al viejo amigo de su padre, Vicente Llorens, para formularle una propuesta abierta con varios libros de cuya edición podría encargarse, de los que finalmente se materializarían una traducción de Antonio Alcalá Galiano y otra de las *Cartas de España* de Blanco White (hecha por Antonio Garnica, pero apadrinada y supervisada de cerca por Llorens). En paralelo a estos proyectos con Alianza se gestó la publicación de un recopilatorio de ensayos con Editorial de Revista

15. «Contesto a su carta del 7 del actual. ¿Ha visto usted ya el primer número de la Revista? ¿Quiere usted suscribirse con cargo a los honorarios de su futuro trabajo? Me agradaría mucho recibir pronto ese artículo suyo sobre Blanco White. ¿Cuándo me lo manda?» (BVNP, AVLL 2457, [Madrid], fechada en 25-IV-1963, pero se anota abajo que se envió 18-VI-1963, membrete de Ediciones de la Revista de Occidente). El artículo al que se refiere sería «Los motivos de un converso», un crucial estudio sobre la conversión de Blanco White al anglicanismo. Se publicó en *Revista de Occidente* en abril de 1964 y también se recoge en este volumen.

de Occidente. Así pues, el lazo de Llorens con el grupo editor no fue accidental, sino continuado.

He mencionado más arriba la censura gubernativa como uno de los impedimentos para una comunicación fluida entre las redes académicas del exilio y el interior. Esta presión se alivió parcialmente con la ley de prensa de 1966, bajo la que se publicó *Literatura. Historia. Política*, que eliminaba la censura previa. El cambio era un arma de doble filo. Por un lado se aligeraban los expurgo y las prohibiciones, y el gobierno asumía un rol más discreto y menos coercitivo. Pero por otro lado aumentaban los riesgos para los editores. Estos tenían la opción de someter la obra a consulta previa voluntaria y aguardar durante un tiempo dado la respuesta o el silencio administrativo. Una segunda vía era publicar la obra y luego depositarla en el Ministerio, aguardando el tiempo fijado antes de ponerla a la venta; si el gobierno tenía reparos incautaba los ejemplares. Así pues, quienes no se plegaban a la censura previa se arriesgaban a perder la tirada, con el consiguiente quebranto. Ambos procedimientos delegaban buena parte de la vigilancia ideológica del régimen en las editoriales y los autores: el primero convirtiendo la censura en un sometimiento voluntario que delataba la existencia de materia potencialmente censurable; el segundo forzando a una autocensura que precaviese de la ruinosa retirada ulterior de un libro ya impreso. Las dos vías ensanchaban el margen de la autocensura y estrechaban en igual medida el alarde represivo directo de las autoridades.¹⁶ Ahora bien, el coste de imagen que suponía secuestrar un libro para un gobierno deseoso de blanquearse ejerciendo su arbitrario poder de modos más solapados, era un factor que había que ponderar frente a la posible transgresión ideológica. Moverse en ese vacilante equilibrio

16. Llorens consideraba en 1979 que la nueva ley no trajo ninguna mejora: «no supone ningún triunfo de la libertad de expresión. El bizantinismo propio de la última etapa de Franco, más que eliminar la censura lo que hizo fue complicarla con resultados semejantes. A la censura se debió primero la supresión de una frase muy significativa y nada irreverente en una narración de Ayala, y a la consulta voluntaria la imposibilidad de publicar otra narración del mismo autor sobre la guerra civil española» (Llorens, 2003: 106).

dependía una vez más del arrojo o los contactos gubernativos de las casas editoras. Por ese motivo la censura del libro que nos interesa no la hizo tanto el gobierno de Franco como Ediciones de Revista de Occidente. En efecto, la siguiente carta de Ortega Spottorno del archivo de Llorens, cuatro años más tarde, acusa recibo del manuscrito, con grandes elogios, pero también con un par de reservas preventivas. Vale la pena reproducirla íntegra:

Mi querido amigo:

Recibí su grata carta del 4 del actual con el original de su proyectado libro de ensayo sobre *Literatura, Historia, Política*. Lo hemos leído con detenimiento y parece no solamente digno de publicarse en la Revista, sino muy digno. El libro *debe* interesar; que de hecho interese es ya el azar de toda publicación.

Hay dos puntos, con vistas a la censura, que requieren meditación. Como usted sabe, con la nueva ley de prensa existen dos procedimientos para publicar un libro: el primero es la llamada «censura voluntaria», que viene a ser el antiguo trámite de la censura previa y que, pasada la cual, el editor queda sin ninguna responsabilidad por lo que pueda publicar autorizado ya por la censura; el segundo es publicar el libro y mandarlo, una vez publicado, al Ministerio sin poderlo poner a la venta hasta que hayan pasado un día por cada 50 páginas que tenga el libro. Durante esos días el Ministerio puede no decir nada o puede incautarse del libro y presentar el correspondiente proceso contra el editor y el autor. Esto en verdad ha hecho ganar mucho a los editores respecto a la antigua censura previa porque, adoptando el segundo método, que es el que yo adopto ahora, se consigue que solo en casos muy extremados le compense al Ministerio el escándalo de recoger una edición y plantear un proceso mientras que antes, con la censura previa, simplemente tachaban en una hoja sin membrete lo que no permitían y el editor se veía obligado a publicar el libro con esas tachaduras ignoradas por el lector.

En su libro hay dos puntos difíciles. Es el 1º el artículo «La Inquisición y sus postimerías», en el párrafo que empieza en «la censura española en nuestros días trata de ponerse...» hasta «...de ahí la arbitrariedad...». Si es verdad que al régimen no le gustan ni la Ilustración, el panteísmo romántico, el liberalismo, el socialismo, el darwinismo, la democracia, el existencialis-

mo, las doctrinas religiosas heterodoxas, no es cierto en la actualidad que no deje publicar muchos libros que defienden positivamente esos temas. Aunque su artículo está escrito en 1962 —en que podría ser más verdad eso, hoy no es tal y como usted lo afirma— el hecho es que el Ministerio podría demostrar, por una serie de libros autorizados que no es cierto lo que usted dice. ¿Qué cabe hacer? Yo me atrevería a insinuarle que dijese usted: «la censura española ha hecho frente, muchas veces, por motivos políticos o religiosos, a la Ilustración, al panteísmo romántico, al liberalismo, al socialismo, al darwinismo, a la democracia, al existencialismo; por no decir nada de las doctrinas religiosas que considera heterodoxas. Con ello ha dificultado la difusión entre los españoles de lo que constituye esencialmente la cultura occidental de los últimos tres siglos.» Al quitarle el carácter absoluto a su afirmación, afirma usted una cosa que es cierta.¹⁷

El 2º punto es en el artículo último, «Entre España y América» —que, por cierto, me parece excelente—. Al enumerar usted las causas de la creciente comunicación entre el escritor emigrado y los lectores españoles, en la primera afirma usted que en el folleto publicado por D. Alberto Giménez impreso en Valencia en 1960, «todas las veces que en el manuscrito se decía “educación liberal” la censura, atemorizada sin duda por tan subversiva expresión, obligó a poner estas dos palabras: “amplia formación”». Este es un hecho probablemente cierto, pero que no puede usted demostrar por la razón que le decía antes de que cuando la censura previa tachaba algo lo comunicaba en una hoja sin membrete. La solución sería suprimir ese ejemplo totalmente.¹⁸

Pero claro está que estas sugerencias son solo tales, pero no me parecen de ningún modo vejatorias para usted, porque responden únicamente a no afirmar cosas que no se pueden demostrar o que se puede demostrar que no son ciertas. Naturalmente, estoy dispuesto a estudiar cualquier otra solución que piense usted para esos dos puntos delicados.

17. Llorens anotó a mano junto a este párrafo: «De acuerdo». Es esa la redacción que se publicó en ese capítulo.

18. En efecto, ese pasaje no figura en el libro. Como tardío desquite, Llorens lo recuperó al reaprovechar varios párrafos de ese texto para unas conferencias en 1979 (Llorens, 2003: 106).

En el caso de que lleguemos a un acuerdo sobre esas cuestiones, con mucho gusto publicaremos su libro en las siguientes condiciones:

Derechos de autor: 10%, con un adelanto de ptas. 10.000, al publicarse el libro.

Tirada de la primera edición: 3.000 ejemplares (precio probable 100 pesetas).

Plazo de publicación: dentro de un año desde la firma del contrato.

Como ve, he estudiado con cariño su libro y espero sus noticias.¹⁹

Salta a la vista la escasa fuerza de los argumentos del editor, que entra en una difusa lógica de lo que se puede o no se puede demostrar, propia de quien vive sumergido en el discurso oficial del régimen, y no desde luego en la lógica de quien lo vea como lo que es: una dictadura autoritaria que a la postre nunca necesita *demonstrar* nada, solo *mostrar* su poder. Y Ortega en todo caso condiciona la publicación a buscar una «solución» en el marco de esa lógica gubernativa, aunque sea desde el «cariño». Esos eran en ese momento y en ese lugar los márgenes de lo posible, según los interpretaba el editor.

Solventados esos asuntos en términos parece que amistosos, ocho meses más tarde los ejemplares habían salido de prensas y empezaron a distribuirse. El 10-X-1967 Ortega Spottorno escribe a Llorens, que seguía en México, para darle la noticia y comunicarle que le enviaba por avión la primera copia; le pregunta cómo quiere recibir sus honorarios de diez mil pesetas, le solicita una lista de personas a quienes enviar ejemplares y le anuncia que seguirán luego los restantes diecinueve ejemplares de autor que le corresponden.²⁰ Siguieron otras gestiones sobre estos detalles, como podemos comprobar en la siguiente misiva del editor, que contiene algún pormenor curioso:

Querido Llorens:

Recibí su carta del 4 del actual. A *Cuadernos Hispanoamericanos* se lo mandamos automáticamente y a *Ruedo Ibérico* me parece inútil.

19. BVNP, AVLL 2735. Carta de José Ortega Spottorno a Vicente Llorens ([Madrid], 21-II-1967), membrete de Ediciones de la Revista de Occidente. Las señas de Llorens adonde se dirige la misiva son la del Colegio de México.

20. BVNP, AVLL 2736, membrete de Ediciones de la Revista de Occidente.

Tomo nota de la lista que me manda usted y enviaremos sendos ejemplares a cada uno con cargo a su cuenta (que le facturaremos con el 35% de descuento).

Agradecemos mucho su nota biobibliográfica y la fotografía, aunque esta sea algo rancia.²¹

Así pues, no juzgaba conveniente remitir ejemplares para reseña a una de las principales revistas del exilio antifranquista, la parisina *Cuadernos de Ruedo Ibérico*, a la que Llorens sí deseaba estar conectado. La contraposición con *Cuadernos Hispanoamericanos* es sumamente simbólica: fundada en 1948 como réplica en España a los *Cuadernos Americanos* del exilio en México (allí había salido alguno de los artículos recogidos en 1967), con orígenes cercanos a Falange, pero orgánicamente vinculada al muy gubernamental Instituto de Cultura Hispánica, fue dirigida por insig-nes intelectuales de los denominados —con tan sorprendente como vio-lenta *contradictio in terminis*— «falangistas liberales», como Pedro Laín Entralgo, Luis Rosales y José Antonio Maravall.²² La revista pugnó por controlar desde España el diálogo cultural entre y en torno a los países hispánicos, con un marcado carácter católico al principio; con el tiempo evoluciona hacia un sesgo más liberal, lo que incluía una incorporación selectiva del exilio republicano (cf. Larraz, 2010), algo no muy diferente a lo que también practicarían *Ínsula, Revista de Occidente* o *Papeles de Son Armadans*, pero cada una a su manera.

Por el contrario, *Cuadernos de Ruedo Ibérico* era la revista que desde 1965 publicaba la editorial parisina así llamada, que habían fundado en

21. BVNP, AVLL 2737, [Madrid], 12-XII-1967, membrete de Ediciones de Revista de Occidente.

22. Es bien sabido el papel crucial que tuvo ese grupo, organizado alrededor de Dionisio Ridruejo y la revista *Escorial*, en el inicial aparato de propaganda y en la posterior vida cultural española del franquismo, ante el que evolucionaron para acabar constituyendo una suerte de oposición interna del régimen, no poco equívoca. Su carácter «liberal» ha sido objeto de polémica en la abundante bibliografía crítica que trata este punto, véase por ejemplo Juliá (2002). Aunque esto es colateral en el presente estudio, vale la pena mencionarlo por la relevancia que tiene para mostrar las distintas maneras de plantear un diálogo con distintos grupos de exiliados desde distintos grupos de intelectuales del interior. Hay que evitar cualquier planteamiento simplista.

1961 varios exiliados con José Martínez a la cabeza. Se concibió como vehículo de un necesario discurso alternativo al del franquismo y sumamente militante contra él; sus publicaciones coadyuvaron a forjar una creciente oposición al régimen en el plano de las ideas entre las nuevas generaciones de lectores españoles, que obviamente solo accedían a ellas en la clandestinidad o desde el extranjero. Llorens había pretendido que el libro se enviase a ambas revistas, sin duda porque no quería renunciar a ninguno de los círculos posibles donde su mensaje pudiera calar, tanto dentro como fuera de España. La cortante respuesta de Ortega Spottorno hace ver que él solo concebía el empeño editorial en los cauces de esa España liberalizante del interior, que buscaba diálogo y reconciliación, mas solo en sus propios términos y límites.²³ El equilibrio de Llorens entre estar fuera y dentro a la vez no siempre era factible, porque amables benefactores como Ortega Spottorno solo miraban hacia dentro y desde dentro.²⁴

Los retornos a casa nunca eran totales, ni todos los exiliados eran iguales para los amigos «liberales» del interior. Compromisos y reticencias, cuando no rechazos abiertos, estaban a la orden del día, y no se trataba tanto de las heridas viejas de la guerra como de las nuevas que se vislumbraban en el presente con Franco y en el futuro sin Franco. Es aleccionador el caso de Max Aub, un exiliado mucho menos asimilable para la

23. Había seguramente también motivos de directa animadversión, ya que el primer número de *Cuadernos de Ruedo Ibérico* en 1965 contenía un demoledor ataque de Francisco Fernández-Santos contra Julián Marías, con la excusa de hacer una reseña del *Diccionario de literatura española* que acababa de reeditar Ediciones de Revista de Occidente bajo coordinación de Marías y Germán Bleiberg. Uno de los puntos de crítica era la exclusión y maltrato de los escritores del exilio, pero en general se denunciaba con dureza a toda la tradición filosófica orteguiana española.

24. Ortega Spottorno, como consejero delegado de Alianza Editorial y como presidente del consejo de administración de PRISA y de *El País*, siguió teniendo trato con Llorens para otros asuntos. Intentó publicar en Alianza alguno de sus libros no concluidos, lo animó a suscribirse a *El País* y a enviarle artículos sobre la emigración republicana, lo tentó a hacerse accionista de la empresa, acusó recibo de sus colaboraciones: BVNP, AVLL, 3173-3174, 3510-3512, 3609-3611, 3678. Cuando Llorens pasaba cada verano por España solían quedar a comer con sus esposas.

España franquista. Este viejo amigo de Llorens publicó varias colaboraciones desde 1958, a petición propia, en *Papeles de Son Armadans*.²⁵ En 1971 la editorial asociada a esa revista sacó un pequeño volumen con algunas de esas piezas (*Pequeña y vieja historia marroquí*), que se encabezaba con una carta del autor al hijo de Cela, Camilo José Cela Conde:

¿Por qué colaboré en *Papeles de Son Armadans*? Porque es la revista de su padre. Yo quería (quiero) publicar en España. Lo malo, en 1950, era saber dónde. *Ínsula*, bien (y sigo). ¿*Índice*? De mi colaboración en esa revista tendría algo que decir, pero su director no quiere y menos poner los puntos sobre las íes, y soy bastante mirado en eso de la ortografía y preferí darme por enterado. La *Revista de Occidente*, *Cuadernos Hispanoamericanos* me ignoran, ellos sabrán por qué. No soy sectario; nunca envié página que no pudiera publicarse —o a lo sumo con una supresión insignificante si el burócrata se levantaba de peor humor el martes que el lunes— (en Quiñones, 2006: 287-288).

Aduzco este testimonio porque ilustra bien las dificultades de los exiliados para retornar al campo literario español y ofrece un revelador contraste con lo ocurrido en el caso de Llorens. Que los perdedores de la guerra publicasen en revistas y editoriales del interior no era un hecho ni natural ni indiferente, y en tales parámetros ha de entenderse este libro.

Los artículos, entre América y España

La composición del volumen construye un relato. No solo adiciona doce trabajos sueltos, los más relevantes que había ido publicando en castellano durante su recorrido universitario en América (el más anti-

25. *Papeles de Son Armadans* (1956-1979) fue la revista literaria fundada y dirigida por Camilo José Cela. Una de sus señas características desde el principio fue la recuperación para los lectores españoles de escritores exiliados, y no solo los de sesgo más moderado. El carácter fundamentalmente literario de los contenidos evitaba mayores problemas, pero era patente el deseo de restaurar relaciones entre el público del interior y las grandes figuras del exilio, por ejemplo los poetas del 27, Américo Castro, Max Aub o el propio Llorens.

guo es de 1948, el más reciente salió en la propia *Revista de Occidente* en agosto de 1967, solo tres meses antes que el volumen conjunto); también representa el itinerario intelectual que le condujo, de exilio en exilio, a articular su idea de España y sus intereses en la literatura hispánica. Representa de igual modo el diálogo entre su producción transterrada y su reintegración en España, pues de los doce capítulos, siete se publicaron en el exterior (*Cuadernos Americanos*, México, 1948; *Asomante*, Puerto Rico, 1952; *Nueva revista de filología hispánica*, México, 1958 y 1961; *Cuadernos*, París, 1962; *Revista hispánica moderna*, Nueva York, 1965; *Mundo nuevo*, París, 1967) y cinco en el interior (*Ínsula*, 1960; *Homenaje a Dámaso Alonso*, 1961; *Papeles de Son Armadans*, 1963; *Revista de Occidente*, 1964 y 1967). La gama de estas publicaciones, como se irá exponiendo, es expresiva del equilibrio —a veces choque— entre exilio y retorno.

El primer y el último capítulo tienen un especial significado. «El retorno del desterrado» contiene la idea nuclear, el germen, de sus investigaciones.²⁶ Con sobrada razón un reseñista lo calificó de «artículo de creación, sobre textos de otros autores» (Yrache, 1968: 227). Iba a ser un capítulo de un libro sobre la poesía del destierro en la literatura española, que incluiría una antología amplia y el comentario de los principales motivos temáticos (Loyola, 2017). En este adelanto crucial de un volumen que no llegó a concluir, Llorens se plantea la amargura del destierro político y cómo esa ruptura con raíces, paisajes y afectos articula una respuesta literaria, así como la pautada reverberación del tema desde el *Poema del Cid* hasta el presente. Dicha respuesta tiene una nota dominante: la obsesión por retornar a la patria, desgranando diferentes formas de sentirla y expresarla. Los testimonios citados son de varias épocas, en su mayor parte del XIX, con una buena presencia del *Romancero del destierro* de Unamuno para el XX. Solo en dos recodos se evocan poemas de

26. «El retorno del desterrado», en *Cuadernos Americanos*, México, julio-agosto, 1948. Esta revista bimestral, fundada en 1942, fue una de las más destacadas y longevas del exilio español radicado en México. La promovió Juan Larrea (secretario hasta 1949, cuando la abandona por discrepancias con el director, el mexicano Jesús Silva Herzog) como punto de encuentro entre los intelectuales de la emigración y los mexicanos. Como contraposición a ella fundaron más tarde en Madrid los *Cuadernos Hispanoamericanos*.

Luis Cernuda y de Emilio Prados, inequívocos seños que anuncian la clamorosa actualidad del artículo (en 1948 y en 1967) y hacen que el lector no tenga excusa para no efectuar la evidente analogía de pasado y presente.²⁷ El segundo artículo de la colección, dedicado a un poema de Pedro Salinas, volvía más de lleno sobre esa analogía.²⁸

Ese mensaje tenía que ser más implícito que explícito en un libro salido en la España franquista. Llorens volvía a la patria sin rencor, como ese y los demás artículos dejan claro, mas sin renunciar a sus ideas, a su memoria y a la dignidad de los vencidos. El hueco entre lo posible y lo

27. Este artículo también se ha recogido en Llorens (2006: 105-127). En su primera aparición en 1948 causó gran impacto entre sus amigos, algunos de los cuales entendieron a la perfección el lazo vivencial que anudaba el pasado con el presente. Cito las reacciones más significativas. BVNP, AVLL, 1346, carta de Rafael Superviña a Vicente Llorens (Washington, 6-V-1948): «El fragmento “El retorno del desterrado” de tu ensayo “Poesía española del destierro” es magnífico. Hace falta, no solo tu vasta cultura sino también una sensibilidad muy afinada, para escribir semejante trabajo.» AVLL, 1240, carta de Segundo Serrano Poncela a Vicente Llorens (10-X-1947), membrete de la Universidad de Puerto Rico (la fecha ha de ser un error de Serrano, tiene que ser de 1948): «Querido amigo Llorens: recibí su “separata”, que ya había leído, pocos días antes, en *Cuadernos Americanos*. Es un trabajo verdaderamente hermoso pero que así, mutilado, deja al lector con el apetito abierto. [...] Por otra parte, tras el texto, por muy apacible que Vd. trata de hacerlo caminar, se percibe su “presencia” en destierro y nuestra constante actitud elegíaca. Me ha gustado, de modo preferente, su apreciación sobre el desengaño del retorno. Es verdad, aquí o allá y en todas partes estamos irremisiblemente desarraigados y secos, aunque tratemos de agarrarnos afanosamente al suelo, como los cardos castellanos que arranca la hoz del segador con la punta y arroja al borde del barbecho. A veces les salen unas minúsculas raicillas que arañan la arena mientras van amarilleando y pudriendose.» AVLL, 1368, carta de José Manuel Blecua a Vicente Llorens (Zaragoza, 18-I-1949): «Luis Florén, nuestro común amigo, me acaba de enviar su trabajo “El retorno del desterrado”, que, como ya puede suponer, leí con fervor, con abundante emoción a ratos y con angustia.»

28. «El desterrado y su lengua. Sobre un poema de Salinas», en *Asomante*, Puerto Rico, abril-junio 1952. *Asomante* fue una revista literaria fundada en 1945 y dirigida por la escritora y abogada Nilita Vientós Gascón en Puerto Rico. En su origen tuvo bastante influencia Pedro Salinas, y otros exiliados españoles participaron con asiduidad (cf. Suárez-Galbán, 1992). Llorens, que estaba en cordiales relaciones con la editora, había publicado dos artículos allí antes de este.

deseable se salvaba con una calculada reticencia que el lector tenía que llenar por su cuenta. Pero el último capítulo, que recogía un texto publicado en una revista parisina ese mismo año de 1967, implicaba una explícita ruptura del silencio.²⁹ Por un lado, cerraba el itinerario de Llorens, que ya en esos años había dejado en segundo plano su proyecto de biografía de Blanco White para ocuparse en un estudio extenso sobre la emigración republicana de 1939. El capítulo informaba al público español de la vastísima labor realizada en América por los exiliados. Eso hoy día puede ser un lugar común, pero en la España de 1967 era desconocido por las clases lectoras no especialistas, que desde 1939 habían recibido machaconamente una visión bien diferente, si es que habían recibido alguna. Incluir esa pieza tenía sin duda para Llorens un valor reivindicativo, que alumbraba retrospectivamente los capítulos sobre períodos pretéritos, donde la lejanía no autorizaba, en el rigor del estudioso, una aproximación más militante. Hacia el final escribía las palabras más incómodas:

El tiempo, por último, ha venido a alterar también la relación del escritor emigrado con su país de origen. La historia de la emigración, en este sentido, podría dividirse en dos épocas. La primera, que duró más de diez años, fue de alejamiento e incomunicación casi totales. Sometida España a una censura eclesiástico-gubernativa tan rigurosa como arbitraria, los emigrados quedaron proscritos en sentido absoluto. No solo por lo que seguían publicando, sino por lo que habían publicado antes de la guerra civil. La

29. «Entre España y América. En torno a la emigración republicana de 1939», en *Mundo Nuevo*, París, junio 1967. *Mundo nuevo* fue una revista cultural mensual, que se publicó entre 1966 y 1971, orientada específicamente a la literatura hispanoamericana. La fundó y dirigió en sus dos primeros años el crítico y profesor uruguayo Emir Rodríguez Monegal, y supuso un importante vehículo de difusión del boom. Era financiada por la Fundación Ford y fue pronto acusada de participar en la campaña encubierta de la CIA para orientar a favor de los intereses estadounidenses y en contra de los soviéticos el movimiento intelectual en el resto de América y Europa occidental. Rodríguez Monegal siempre negó las acusaciones, que atribuía a una campaña de des prestigio del castrismo, y defendió que seguía una línea política independiente. Este artículo lo incluyó Manuel Aznar en su recopilación de ensayos sobre el exilio del autor (Llorens, 2006: 167-179).

segunda época comprende los últimos diez a doce años y se caracteriza por la paulatina y creciente comunicación entre el escritor emigrado y los lectores españoles.

Llorens afirma que esa mayor comunicación se ha debido al «gradual aflojamiento» de la censura, aunque con altibajos, al interés del lector español por conocer lo que le habían prohibido y «al deseo de reintegración que con los años ha sentido el escritor emigrado», alejado de su público natural. Ni que decir tiene que el propio libro de 1967 es ejemplo señero de esos tres procesos de convergencia posible, la única que pudo materializarse. Y esa conciencia de la imposibilidad de otra comunicación y de la irreversible pérdida cierra el último párrafo del libro, con una nota melancólica:

Durante muchos años la inmensa mayoría del público español no ha podido conocer la obra de los emigrados republicanos, y aunque ahora o más adelante se modifique totalmente la situación, quedará siempre un paréntesis, un largo vacío en la vida nacional, que no se cierra del todo cuando se llena a destiempo, parcial y anacrónicamente.

El viaje completa su vuelta, pero no se regresa al mismo punto. El libro transita de dolor a dolor, mas son dolores distintos. El primer artículo muestra la amargura viva del destierro y la herida que abre en el alma de las personas y en el alma nacional; el último se resigna a mostrar con melancolía, ya no con amargura, una cicatriz ostentosa e imperecedera, la de un alma mutilada que, sin embargo, quiere seguir viviendo. El resto, y no es poco, es buena filología y rigor científico, que cuando son buenos y rigurosos es cuando no carecen de alma. Así pues, entre ambos extremos —el trauma primigenio del exilio y la reintegración parcial a España desde el reconocimiento del legado de la emigración— se despliega un temario más específico de la historia literaria desarrollada por Llorens.

Cuatro artículos se extraen de su magno proyecto de estudio y documentación de la vida y obra de Blanco White, que fue lo que más lo ocupó en la segunda mitad de los 50 y gran parte de los 60, aunque el

inmenso acopio de materiales y lo avanzado de muchos capítulos nunca alcanzó el estado óptimo de publicación. Mientras tanto, fue dando a conocer pequeñas secciones del proyecto general, que luego tendrían que reintegrarse en la redacción definitiva del libro nonato. Solo cuatro de ellas pasaron al volumen recopilatorio. «Moratín, Llorente y Blanco White. Un proyecto de revista literaria» apareció en 1960 en *Ínsula*³⁰ y constituye el primer artículo de Llorens en España desde que se exilió. Fue un encargo del poeta algecireño José Luis Cano, cofundador de la revista y su principal gestor, aunque la dirección la ostentaba Enrique Canito; Cano propuso a Llorens colaborar en un número dedicado al bicentenario de Leandro Fernández de Moratín, con este tema que él mismo le requirió.³¹ La publicación original se hizo sin las cartas de Llorente, omitidas porque la revista solo insertaba piezas cortas y de carácter intermedio entre la erudición y la divulgación. Al recuperar el texto en 1967, Llorens pudo ampliar algo el contenido con los documentos desecharados: es el único caso en que tal cosa ocurre, en los demás capítulos no hay cambios sustanciales.

30. Madrid, nº 161, abril 1960.

31. BVNP, AVLL 2109, carta de José Luis Cano a Vicente Llorens (Madrid, 9-X-1959), membrete de *Ínsula*. «Como ud. sabe, 1960 es el centenario de Moratín. Queremos hacer un número moratiniano en *Ínsula* y he pensado que quizás ud. nos podría hacer para ese número un articulito sobre Blanco y Moratín. Por el amigo Glendinning sé que ud. tiene dos cartas de Moratín a Blanco, que están inéditas. Quizás podría ud. publicarlas con un comentario, pues imagino que la relación Blanco-Moratín con detalle daría para un estudio extenso, pero no cabría en *Ínsula*.» Le pide otros nombres de moratinianos para el número. AVLL 2177, carta de José Luis Cano a Vicente Llorens (15-II-1960), membrete de *Ínsula*. «Estupendo su artículo moratiniano! No sabe cuánto le agradezco que haya querido ud. honrar nuestro número de *Ínsula* con un texto de tanto interés. Aunque el artículo es algo largo para *Ínsula*, confío en que pueda entrar todo, y si hubiese que cortar algo, sería poca cosa.» Le pide ilustraciones de Blanco. Ese texto estaba destinado a integrarse en la biografía de Blanco White, en el lugar que correspondería a sus gestiones para emprender *Variedades*, la revista cultural para la América de habla española promovida por el editor Rudolph Ackermann. Cf. BVNP, AVLL 314. «Moratín y Blanco». Esta carpeta contiene anotaciones y esquemas sobre el origen de la revista *Variedades*, sus contenidos y circunstancias, muy embrionarios. Y sobre todo, dos borradores mecanografiados, uno enmendadísimo y el otro casi en limpio, de su artículo sobre Moratín y Blanco.

El segundo estudio blanquiano se titula «Jovellanos y Blanco. En torno al *Semanario Patriótico de 1809*»,³² y aborda un episodio crucial de la vida del autor sevillano, pero también de la revolución liberal española y de la historia del periodismo. Llorens efectúa una reconstrucción, por entonces muy novedosa, de lo ocurrido en la segunda época del periódico fundado meses antes por Manuel José Quintana, siguiendo en lo esencial la versión ofrecida por Blanco White. Pero no era un mero relato histórico, sino la denuncia de la arbitrariedad del poder y la reivindicación de la prensa libre y la soberanía del pueblo. Incluso hablando de 1809, sus palabras aún podían ser subversivas en un país con un gobierno autoritario, sin libertad de prensa y con el pueblo despojado de soberanía. Apunta Llorens que «por genérico que fuese su lenguaje, Blanco no desperdiciaba ocasión para aludir a las circunstancias del momento, y lanzar sus tiros contra los enemigos de las reformas», y otro tanto podríamos decir de él mismo en este artículo. Triste, pero las palabras del *Semanario Patriótico* en 1809 eran de aplicación a la España de 1961 o de 1967. El segundo tema del artículo, el contraste generacional entre el reformismo moderado de Jovellanos y la ruptura

32. *Nueva Revista de Filología Hispánica*, México, XXX, 1961. AVLL 2170, carta de Margit Frenk Alatorre a Vicente Llorens (4-I-[1960], fecha suplida en el inventario), membrete de El Colegio de México: «Esperamos ese artículo sobre Jovellanos y Blanco, con la promesa de darle pronta acogida en la *NRFH*». La *NRFH* era el órgano de los estudios sobre literatura y lengua en el Colegio de México, y había sido fundada en 1947 por Amado Alonso. El Colegio de México se había originado en 1940 a partir de la Casa de España, que reunía a importantes hombres de letras exiliados; el gobierno mexicano lo convirtió en el principal centro de estudios superiores del país, regido por Alfonso Reyes, Daniel Cosío Villegas, Silvio Zavala y otros destacados profesores mexicanos. Los españoles refugiados tuvieron un papel relevante en sus primeros tiempos. Las relaciones de Llorens con el Colegio fueron muy estrechas: publicó en él *Liberales y románticos* y la *NRFH* fue la revista donde sacó más artículos. En general, hasta finales de los 50 el eje editorial de Llorens gravitaba alrededor de México, sus revistas y editoriales: allí le era más fácil publicar en castellano que en los Estados Unidos y alcanzar un público hispánico más amplio. El traslado de ese eje a España desde los años 60 no le impedirá seguir manteniendo estrechas relaciones personales con los amigos de México, pero sí coincide con una progresiva reducción de sus canales académicos en aquel país.

revolucionaria de los más jóvenes, también era susceptible de analogías con la oposición al franquismo.³³

«La Inquisición en sus postrimerías»³⁴ es uno de los artículos más comprometidos ideológicamente, ya que aborda el efecto de la censura sobre la vida del país, y en los primeros renglones establece paralelismos expre-

33. Esa brecha generacional, en realidad un punto secundario en el artículo, fue lo más subrayado en la reseña de Yrache (1968: 228), quien acaso intenta extrapolar al presente al remarcar lo incompatible de la actitud moderada con la revolucionaria. Sobre este capítulo cf. BVNP, AVLL 300, «El *Semanario Patriótico* de 1809. (Jovellanos y Blanco)»; 301, «El *Semanario Patriótico* (materiales, notas, borradores)».

34. *Cuadernos*, París, nº 57, febrero, 1962. Esa revista, cuyo nombre completo era *Cuadernos del Congreso por la Libertad de la Cultura*, se publicó en París entre 1953 y 1965. En ella tuvieron papel preeminente exiliados españoles, en particular el antiguo poumista Julián Gorkín. El objeto de la publicación, órgano de la rama hispánica de la entidad internacional que la apadrinaba (el Congreso aludido, que se fundó en Berlín en 1950), era promover en Hispanoamérica el anticomunismo y defender un concepto de democracia afín a los intereses de los Estados Unidos; trataba de alejar de la influencia comunista a los medios intelectuales. En realidad, el Congreso y sus actividades habían sido auspiciados y financiados por la CIA como reacción ante entidades internacionalistas semejantes articuladas por la URSS. En su rama española el Congreso fomentó eventos con escritores para encauzar la oposición al franquismo hacia una posición liberal y atlantista que minase la influencia marxista. Muchos de los que colaboraron desconocían tales vínculos, que se hicieron públicos en 1966. En cualquier caso Llorens participaba de la idea de evitar que la oposición antifranquista quedase identificada con el comunismo, lo que le costó algún desencuentro: en 1961, por ejemplo, respaldó junto con otros exiliados una carta de Salvador de Madariaga (destacada figura en el Congreso) en el *New York Times*, desacreditando cierta iniciativa de apoyo a los presos políticos españoles por considerarla propaganda comunista; esto sentó mal en otros sectores (véanse las cartas de Jaime Salinas a Llorens de 10-IV-1961 y a José Ferrater Mora de 19-IV-1961, en AVLL 2309 y en la web de la Universitat de Girona: <http://hdl.handle.net/10256.2/5747>; y la de Juan Marichal a Ferrater de 3-V-1961, donde advierte que «aquellos chicos están muy dominados por las voces comunistas y conviene hacer que escuchen otras»: <http://hdl.handle.net/10256.2/1504>). Hubo una polémica privada de Llorens y otros con Gorkín y Madariaga sobre si habían autorizado que figurasesen sus firmas en la literalidad del documento, pero queda claro que compartían su contenido, aunque no necesariamente su redacción y su oportunidad. Otra de las revistas en que publicó Llorens, *Mundo nuevo*, también fue vinculada a estas acciones encubiertas de la CIA.

sos entre la Inquisición y la situación contemporánea de España, donde también se protestaba —dice— contra «la arbitrariedad de la censura». Asumiendo la visión formulada por Blanco White, a quien cita en abundancia, Llorens culpa a esa censura de un retraso secular en el progreso y la cultura española. Esta vez sí se establece de forma explícita una constante histórica que une pasado y presente. A partir de este marco general, el artículo expone e interpreta varios episodios de la represión inquisitorial a finales del XVIII y principios del XIX, hasta los estertores del tribunal.³⁵ Luis Yrache, reseñista bastante caluroso del libro, se permitió deslizar una crítica, no del todo desencaminada, en este capítulo: «aquí el autor llega a la generalización histórica menos convincente, puesto que la amplitud del artículo y de los propios materiales investigados no daban para un tema de tal hondura y extensión» (1968: 228).

Por fin, «Los motivos de un converso»³⁶ aborda la cuestión más controvertida de la trayectoria de Blanco White: su conversión al protestantismo, que Llorens nunca acabó de entender del todo y a la que buscó una explicación que cuadrara con su propia visión del mundo, menos espiritual y teológica. Este estudio hace juego con el anterior del *Semanario Patriótico*: si aquel mostraba la radicalización política del sevillano, este relata su giro hacia el moderantismo y en contra de las actitudes revolucionarias. Llorens insiste en los motivos políticos —ruptura con los antiguos amigos liberales de España, que lo creen un traidor— y sociales —integrarse mejor en la sociedad británica—, más que en el proceso religioso interior.

Tres capítulos más atienden a aspectos concretos alrededor de lo estudiado en *Liberales y románticos*, en direcciones diversas. «Sobre la

35. Cf. BVNP, AVLL 298. «Vida heterodoxa. El paso a la incredulidad. La Inquisición en sus postimerías».

36. *Revista de Occidente*, Madrid, 2^a época, nº 13, abril, 1964. Esa secuencia biográfica de Blanco White fue la más trabajada por Llorens durante mucho tiempo, que la desarrolló y reescribió en varias ocasiones, dejando muchos testimonios textuales: cf. BVNP, AVLL 173, «En busca de Blanco. Investigación y problemas»; 307, «*El Español. Evolución política. De Rousseau a Burke. Variaciones políticas y religiosas al servicio de Inglaterra* (art. *Rev. Occ.*)»; 311, «Los motivos de un converso».

aparición de “liberal”»³⁷ indaga acerca de los orígenes de este término en sentido político durante las Cortes de Cádiz, profundizando en la línea que había abierto al respecto su buen amigo Juan Marichal y documentándose en la prensa de la época y, sobre todo, en el Diario de Cortes, sin alejarse tampoco de Blanco White.

«De la elegía a la sátira patriótica»³⁸ explora la evolución del concepto de patriotismo liberal entre Quintana y Larra. Aparece el tema del destierro —nunca está lejos— al evocar los poemas dedicados a él por Moratín y Ángel de Saavedra, o al ocuparse de José Joaquín de Mora, pero la línea interpretativa es el desengaño, que hace transitar desde una actitud elegiaca a otra satírica. Concluye con Larra, cuyo liberalismo no es ya meramente político, sino orientado al progreso general del país, «con el sentido cultural que caracteriza al liberalismo europeo, y al español en particular, desde sus orígenes hasta los días de Ortega y de Azaña»: el salto cronológico vuelve a dejar una marca indeleble en la reflexión histórica.

De carácter más ceñido a cuestiones de historia literaria es el artículo «Sobre una novela histórica: *Ramiro, conde de Lucena*»,³⁹ que proporciona nuevos datos sobre la introducción del género histórico en la novela española, un asunto de amplio debate académico. La pieza documenta por primera vez que esa obra apareció en 1823 y da noticia de un ejemplar. A partir de ahí se desarrolla el análisis. El novelista, Rafael de Húmara, declara haber sido obligado por el destino a andar lejos de su patria y Llorens conjectura que pudo ser un afrancesado: el exilio aparece una vez más. Y aunque casi todo el artículo es literario, no deja de advertir del influjo político en todos los rincones de la vida española: «en un país como España en donde la discrepancia en materias de Estado y Religión constituyó durante tanto tiempo un delito, no era fácil romper de la noche a la mañana el conformismo tradicional». Lo

37. *Nueva Revista de Filología Hispánica*, México, XII, 1958.

38. *Homenaje a Dámaso Alonso*, Madrid, vol. II, 1961.

39. *Revista Hispánica Moderna*, Nueva York, XXXI, enero-octubre 1965 (Homenaje a Ángel del Río). Ángel del Río, fallecido en 1962, fue otra figura clave de la red de hispanistas exiliados en universidades norteamericanas —la de Columbia en su caso.

único que en la frase desentona es el «constituyó durante tanto tiempo», una concesión al historicismo por quien sabe bien que «constituye hasta el día de hoy» hubiera sido una redacción más ajustada a la realidad cruda.⁴⁰ El problema de los orígenes del género es reconducido a la cuestión más amplia del conocimiento posible en España de las últimas tendencias literarias europeas; la parte final del artículo discute la evolución de la novelística española en el XVIII y XIX.

El volumen incluye igualmente dos estudios cervantinos: «Historia y ficción en el *Quijote*»⁴¹ y «La intención del *Quijote*».⁴² Estos trabajos resultan en el libro los más excéntricos respecto a los intereses del autor, pero solo lo son en apariencia, pues en realidad su dedicación cervantina es también experiencia de exilio, al menos si hay que atender a lo que escribía a Jorge Guillén en 1963:

Casi todos los que nos ganamos la vida explicando lo que han escrito otros en español vivimos del pobre Cervantes. Buena la hubiéramos hecho si llega a morir en Lepanto o en Argel. Ni yo estaría en Princeton, ni don Américo sería don Américo, etc. etc. Por mi parte voy a poner una inscripción en la entrada de esta mi casa —que es la de ustedes— que diga: a don Miguel de Cervantes, a quien se debe la erección de este edificio, con la expresión de su más profundo reconocimiento y gratitud, el propietario.⁴³

Su segundo libro,⁴⁴ una conferencia publicada en folleto, ya versaba sobre *Don Quijote y los libros* (lo publicó la Universidad de Puerto Rico en 1947). Es evidente, asimismo, que Cervantes era una parada inevitable para cualquier profesor de literatura en universidades donde no siempre se escoge el temario deseado. El primero de los ensayos

40. La redacción es idéntica en la publicación original, que se hizo en los Estados Unidos.

41. *Papeles de Son Armadans*, nº LXXXIV, marzo de 1963.

42. *Revista de Occidente*, nº 53, agosto 1967.

43. BVPN, AVLL, 647, carta de Vicente Llorens a Jorge Guillén (Alcarroga, 11-XI-1963).

44. El primero había sido una antología de literatura dominicana, de 1944.

aborda las complejas relaciones entre historia y ficción en la obra de Cervantes: un afán de reproducir una realidad reconocible solo parcialmente modificada por la imaginación. Pero los ejemplos en que se sustenta su argumentación proceden casi exclusivamente de un asunto «de destierro»: la reclusión del Cautivo (el propio Cervantes) en Argel y su regreso a la patria perdida, así como las referencias a la expulsión de los moriscos a través del episodio de Ricote. Deudor lejano de las teorías cervantinas de Américo Castro, Llorens incide en el melancólico desacuerdo de Cervantes con el tiempo que le tocó vivir y la forma literaria en que transfigura el desengaño de su idealismo. En el segundo ensayo, «La intención del *Quijote*», ahonda sobre el contraste entre pasado y presente en la obra mediante los valores caballerescos en crisis.

Hasta ahí el contenido del libro. Pero lo que dejó fuera de la selección de 1967 también puede resultar un dato valioso: la serie de artículos sobre poesía del destierro que sacó en *Democracia* cuando aún estaba en Santo Domingo; otro más en esa revista sobre la poesía de Miguel Hernández; uno sobre *Don Quijote* en *Revista de América*, de Bogotá, de 1946; dos piezas en *Asomante* anteriores a la dedicada a Salinas que sí recogió (sobre el tema del destierro en el *Poema del Cid*, de 1947, tema que coincidía con uno de los textos en *Democracia*; y sobre «La imagen de la patria en el destierro», de 1949); «La actividad literaria de la emigración española», en *Occidental*, de Nueva York, de 1949; «La emigración liberal española de 1823», en *Revista de Filosofía y Letras*, de México, de 1949; «Letras de la Nueva España. Alfonso Reyes», en *Revista de Historia de América*, de 1949; «Colaboraciones de emigrados españoles en revistas inglesas (1824-1834)», en *Hispanic Review*, de 1950; un artículo sobre la fuente inglesa de un poema de Espronceda, en *Nueva revista de filología hispánica*, de 1952, y un artículo sobre el *No me olvides* de 1825 para la misma revista al año siguiente; un artículo sobre el escritor mexicano Ermilo Abreu Gómez en *Revista interamericana de bibliografía*, de 1959; un artículo sobre *El Español* de Blanco White como «primer periódico de oposición», publicado en 1962 en el *Boletín del Seminario de Derecho Político* (la revista de Tierno Galván en Salamanca, pero que se publicó en Princeton en esos años, cuando él enseñó allí); otros dos estudios

sobre aspectos de Blanco White (el Instituto Pestalozziano y la revista *The London Review* de 1829) aparecidos en sendos homenajes publicados en 1966, a Antonio Rodríguez Moñino (en Madrid) y Salvador de Madariaga (en Brujas) respectivamente.

Así pues, recogió todo lo publicado en España en los años anteriores, mientras que fue extremadamente selectivo con su bibliografía aparecida en el extranjero, prescindiendo por entero de la previa a su mudanza a Puerto Rico. Evitó piezas cuyo contenido había quedado incorporado a *Liberales y románticos*, o que se solapaban con estudios más actualizados que sí se incluían en el volumen. Omitió cuanto no incumbiera a temas españoles y dejó fuera bastantes de sus estudios sobre Blanco White y la literatura romántica, quizás para no descompensar el equilibrio temático final (o bien para no agrupar demasiado material de lo que aún planeaba refundir en una monografía general sobre el autor). En ese sentido llama la atención la ausencia del artículo sobre *El Español*, que aborda un tema clave y realmente novedoso; cabe sospechar que, incluso en 1967, su enfoque respecto a la oposición periodística y a la independencia americana pudiese resultar delicado para publicarlo en España en un libro de divulgación general y gran tirada.⁴⁵

45. Si esto pudiera resultar hoy día poco verosímil, remito a mi estudio de los proyectos editoriales de recuperación de Blanco White en España desde 1963 hasta la salida de los primeros libros a comienzos de los 70 (Durán López, 2017): ahí puede verse con claridad lo problemático que era aún un apóstata del catolicismo y de la españolidad. La edición de las *Cartas de España* en 1972 estuvo pendiente hasta el último momento de un tropiezo con el gobierno y su alta probabilidad aconsejó recurrir a una censura previa voluntaria. Así, Jaime Salinas escribía en nombre de Alianza Editorial, que «naturalmente, los problemas de censura van a ser graves y antes de firmar un contrato lo más prudente sería el que sometíramos el manuscrito a la Santa Inquisición...» (BVNP, AVLL 2999, 25-V-1970); y cuando los censores aprobaron el libro tan solo exigiendo un prólogo que contextualizara al autor, indicaba a Llorens que «esta noticia me ha puesto alegre; desde un principio pensé que se lo cargarían» (BVNP, AVLL 3078, Madrid, 11-II-1971). De hecho, la antología de escritos ingleses preparada por Juan Goytisolo en 1972 tuvo que publicarse en Buenos Aires y solo en 1974 en España.

Algunas reacciones

Entre las reacciones llegadas por vía epistolar, destaca el perspicaz y profundo juicio de uno de sus compañeros de penas en la República Dominicana, el pintor y escritor gallego Eugenio Fernández Granell. Su lectura del volumen es una auténtica reseña crítica, de gran valor evocativo e interpretativo:

Cuando nos vimos la última vez, yo no había terminado de leer *Literatura. Historia. Política*. Entonces solo había visto los dos primeros capítulos y el último, y dado un vistazo —tentación inevitable— aquí y allá al resto. Pero ahora, que lo terminé, no resisto la otra tentación, la que consiste en decirle cuánto me gustó. Aparte de estar admirablemente bien escrito y organizado, con la meticulosidad y los datos de real interés que solo Vd. sabe seleccionar tan acertadamente, el libro, a mi juicio, tiene una importancia muy grande. Aunque yo carezca de la autoridad que diese valor a lo que digo, sí puedo asegurarle que quienes la poseen lo dirán.

El título me parece que despista un poco. Yo no veo que en realidad se trate aquí de esos tres campos, sino que los tres sirven de base a lo que todos los ensayos que componen el libro poseen en común: el análisis de una cierta actitud vital y de determinadas preocupaciones intelectuales de los españoles exiliados. Esta orientación del exiliado se desdobra en dos partes, 1, es introspectiva cuando se refiere a la averiguación del por qué de su propio destino, y 2, es trascendental, cuando liga su destino privado al de su propia patria. Incluso cuando el libro trata de otros problemas, relativos a los españoles viviendo en su país, resalta la condición de exiliado del español, más o menos latente o manifiesta; pero ahí está. A mí me parece haber notado, en mis relaciones con los españoles «que se quedaron», que ellos, tal vez sin excepción, adoptaban una actitud, más o menos radical, de exiliado teórico. (Si uno fuera psicólogo se preguntaría si no habrá en el subconsciente colectivo del español (caso de que la teoría de Jung responda a una realidad) el mito del exilio como testimonio necesario para justificar la validez de algo.)

Yo creo que no habría creación de no haber desacuerdo entre el creador y el medio en el cual crea. Así, el creador se sentiría extraño, en la medida que sea, a su propia localidad. Y tal vez sea este uno de los significados del

dicho de que nadie es profeta en su patria: pues solo se profetiza lo que se anhela, y solo se anhela aquello de lo que se carece. Por otra parte, el conformista recalcitrante no podría aspirar a representar otro papel que el del papel carbón. Por eso Galdós crea una España que es la que a él le hubiese cuadrado, y no la hubiera creado de haberle satisfecho la que tenía a su alrededor. Y lo mismo Cervantes. Y si las montañas de literatura hispánica de estos últimos treinta años es fácil reducirlas al nivel de la nada, es porque en su inmensa mayoría hay más conformidad con la abundancia de premios, oportunidades de publicar, comidas de agasajo, fotos en las revistas, etc., que disconformidad con lo que bulle alrededor de todo eso.

Esos exilados que Vd. describe en su primer libro, y que a veces reaparecen en este, se ve que eran ya exilados potenciales antes de pasar a serlo en efecto. Antes de este momento, ya más o menos conscientemente se habían forjado su proyecto de exilio. Y en muchas de sus peripecias contra el estado de cosas existente —el que fuere— habían ejercitado el ensayo parcial de su destino ulterior.

Este libro suyo de ahora es, en gran medida, un amplio postescrito al de los exilados románticos. Al mismo tiempo constituye una especie de introducción al que ahora está Vd. preparando sobre el exilio de nuestra época. Así, forma como una especie de puente unificador de esas dos fases del mismo fenómeno. Leyendo ambos, ya uno tiene una idea muy clara de lo que el exilio español es, como fenómeno general... e intermitente. De haberlos leído hace treinta años, ¡hubiésemos sido unos exilados históricos perfectos; hasta pluscuamperfectos! Tanto es así, que a veces tengo que hacer un esfuerzo para apercibirme de que White o Martínez de la Rosa, *no* son mis contemporáneos. Y creo que lo mismo, a la inversa, sucede con algunos de nuestros contemporáneos, de quienes uno tiene a veces que esforzarse para arrancarlos del grupo romántico, en el que había acabado por encajarlos.

El ver reunidos estos trabajos denota lo que tiene de parcial y fragmentario el artículo que aparece en una revista. Como cada cual está siempre ocupado en aquellas ideas que fundamentalmente le preocupan, cada artículo representa solo una fase del proceso continuo, y solo adquiere toda la resonancia que le es propia al manifestarse en conexión con una perspectiva más amplia del problema —lo cual, creo, se ve perfectamente en este libro. El cual leí de cabo a rabo con verdadero placer —y nunca leo nada que

no me lo produzca. Yo escribiría algo sobre su libro, si no me lo impidiese la ignorancia completa que tengo de algunos aspectos fundamentales del mismo —de los que apenas sé lo que sé por haberlo leído a Vd.

De haber podido conversar, me hubiese ahorrado transmitirle la pesadez de esta carta. Cuyo resumen es que ¡una vez más aparece una obra importantísima en el exilio! (es decir, escrita en el exilio), permaneciendo aún yermo aquel enorme desierto de la tierra patria, solo haciendo visajes con sus montones de cardos impresos.

Un fuerte abrazo, E. F. Granell.⁴⁶

La correspondencia de Llorens registra otras pocas réplicas.⁴⁷ Desde luego, las cartas personales entre amigos y colegas tienen un componente de cortesía que no permite verlas como auténticos juicios críticos, pero los puntos en que inciden las felicitaciones permiten apreciar los ejes de una recepción que sitúa el valor en determinados méritos, aunque oculten cualquier reproche. Dámaso Alonso dice que el libro «ha salido gracioso, garbosamente, aún en su forma física», aprovechando para deslizar una suave reprimenda por el hecho de que Llorens nunca hubiera publicado en su colección, la Biblioteca Románica Hispánica. Luego concreta: «el libro lo he leído todo, lo que conocía y lo que, por publicado en revistas que no frecuento, me era nuevo. Todo queda trabado por una ley interna que lo hace “libro” a pesar de lo variado de tiempos y temas. Y todo se lee con gusto y con interés».⁴⁸ Otros se limitan a acusar recibo con algún amable cumplido, como don Américo Castro, que escribe unas letras para decirle que le llegó «su buen volu-

46. BVNP, AVLL 2781, carta de Eugenio Fernández Granell a Vicente Llorens (20-XII-1968), membrete de Brooklyn College, The City University of New York. La firma está manuscrita; todo lo demás, mecanografiado.

47. He revisado de forma sistemática todas las cartas de 1967 y solo algunas del año siguiente. Es de imaginar que en el lote de 1968 haya otras, porque el libro se distribuyó en el último trimestre del año anterior, pero creo que las que indico son una muestra suficiente.

48. BVNP, AVLL 2690, carta de Dámaso Alonso a Vicente Llorens (Madrid, 24-XII-1967).

men de artículos, todos dignos de ser tenidos muy en cuenta».⁴⁹ Otros corresponsales tiran de puro protocolo, como Francisco Ayala: «Gracias por tu libro. Llegó para aliviar mi tiempo de enfermo durante una breve gripe, y se aprovechó de ella para ser leído, no obstante que todos sus capítulos me eran conocidos ya. Te felicito por la publicación, y te agradezco el envío».⁵⁰

En cuanto a la recepción crítica, no fue muy extensa hasta donde he podido averiguar, aunque sin duda hubo más reseñas de las que he localizado en un somero rastreo. También nos permite captar algunas constantes reveladoras: la más destacable es que el volumen fue claramente entendido como un libro sobre el exilio, y no solo sobre el liberal. Así, la breve nota crítica de H. B. Hall en *Bulletin of Hispanic Studies* insistía enfáticamente en que la experiencia del exilio de Llorens era generalizada en el volumen: «There is hardly a topic touched on here that is not in some way related to it and illuminated by it» (Hall, 1969). Lo mismo hacía la revista del Instituto del Libro Español, una publicación oficial poco dada a hondas reflexiones y que cubría regularmente las novedades bibliográficas del país:

Este libro de Llorens es un vivido [sic] documento sobre uno de los hechos más desgraciadamente habituales en la historia político-cultural de la España contemporánea, el hecho de la emigración. Su anterior libro, *Liberales y románticos* [...] encaraba indirectamente el problema que ahora se ofrece en su sincera desnudez. La experiencia del exilio dicta unas páginas conmovedoras sobre el empleo de la propia lengua por parte del desterrado o sobre la peculiar situación americana de los emigrados republicanos (L. R. T., 1968).

No deja de ser curioso que el reseñista considerara *Liberales y románticos* una aproximación indirecta al tema del exilio frente a lo ocurrido en el volumen recopilatorio. Eso solo podría entenderse en lo que atañe al vínculo entre exilio liberal y republicano, y a la aparición de la

49. BVNP, AVLL 2695, carta de Américo Castro a Vicente Llorens (s. l., 1-III-[1968]).

50. BVNP, AVLL 2763, carta de Francisco Ayala a Vicente Llorens (29-I-1968), membrete de The University of Chicago.

vivencia directa de los exiliados del 39 en la segunda obra. Así pues, el mensaje resultaba audible en una España poco acostumbrada a oír palabras favorables o empáticas hacia los perdedores de la guerra civil. En general la mayoría de reseñistas enfatizaron el tema del destierro y alguno dijo que Llorens «nos recuerda a esos médicos que se especializan en la enfermedad que sufren en sus propios cuerpos» (Varo, 1968: 233).

En *Ínsula* reseñó la obra el filósofo y poeta Eugenio Frutos, un intelectual con formación y vínculos intelectuales parecidos a los de Llorens antes de la guerra, pero bien integrado en la España del franquismo. Insiste en la unidad que el tema del destierro otorga al libro, sobre lo cual articula la breve reseña. No lo enfoca desde una perspectiva política, sino humana y casi compasiva, al concluir afirmando que la cuestión planteada del desarraigo

es un tema permanente para el desterrado. Y en consecuencia, para todos los hombres a quienes aflige el dolor y la incomprendición del mundo. Sin duda, Vicente Llorens se encuentra entre los más directamente afectados por este problema, y por eso su lectura es una lección de humanismo actual, que ojalá muchos lectores comprendan y compartan (Frutos, 1968: 9).

Cada cual podía interpretar como quisiera esa turbia generalidad sobre la incomprendición del mundo, y ese nivel de despolitización.

En la *Revista de Occidente* es obvio que tiene que haber reseña, y favorable, y así sucede en un texto excelente, si bien un tanto abstruso, de Luis Yrache.⁵¹ «Por medio de estos artículos, ordenados cronológicamente [...], podemos conocer de un historiador español exiliado sus métodos, su campo de trabajo, su progresión, su interpretación del mundo y unos datos histórico-político-literarios de los que están tan necesitados nuestros estudios de literatura» (Yrache, 1968: 226). Destaca que la unidad reside «en primer lugar en función de los temas:

51. El zaragozano Luis Yrache Esteban (1933-2015) fue muchos años profesor de enseñanzas medias en Cataluña y Aragón; trabajaba en Tarragona en el momento de firmar esta reseña. Fue miembro al menos desde comienzos de los 70 del PSUC y el PCE, partidos en los que ocuparía cargos orgánicos y candidaturas electorales.

literatura y destierro» (226), para hacer a continuación una perspicaz enumeración de los destierros evocados en estos ensayos, hasta llegar a «algunas repercusiones literarias en nuestros últimos escritores (sobre todo, poetas) también desterrados» (226). Subraya el carácter sociopolítico de estos análisis literarios y la variedad de métodos empleados por el autor, alabando su capacidad de trascender los meros datos históricos para dotarles de significado estructural y la inclusión de varios artículos «no históricos, sino de especulación», donde «interviene más la introspección del autor, su experiencia y su personal “apasionamiento”»; son no menos interesantes aunque más polémicos» (227). El resto es una meticulosa e inteligente lista de los resultados que se derivan de cada capítulo. Yrache apunta más lejos de lo que dice, y no en vano menciona media docena de veces el término «democrático» o similares, como quien no quiere la cosa. Es más parco al hablar del último capítulo, sobre otros desterrados, «los últimos, de los que Llorens es uno» (230), y concluye diciendo que, como podrían haberlo expresado los liberales revolucionarios de 1809, «el libro es un buen servicio a la patria» (230). Es una reseña reticente, ante la imposibilidad de ser más explícito en esa España y en esa revista.

Dos reseñas aparecidas en Hispanoamérica son de pura descripción de contenidos y poseen escaso juicio crítico. En los *Cuadernos de Filología* de la argentina Universidad de Cuyo escribió elogiosa y descriptivamente del libro Emilia de Zuleta, profesora de literatura de larga trayectoria que se especializó en el tema del exilio español en Argentina, entre otros (Zuleta, 1968). Un joven profesor español de la Universidad de Puerto Rico, Carlos Varo, hizo la reseña más extensa del libro en la revista universitaria, *La Torre*, también de tradición vinculada al exilio. Con la soltura de quien escribe lo que quiere, el reseñista aborda desde el principio el problema esencial al destacar lo que dice Llorens en el capítulo final sobre la difícil pero paulatina reintegración de los exiliados a los lectores españoles:

Precisamente la publicación de *Literatura. Historia. Política* en la editorial Revista de Occidente es una prueba más de este deseado y excesivamente retrasado fenómeno: Vicente Llorens [...] tuvo que salir de España a raíz de

la trágica y cisoria guerra civil, como un joven profesional más que debía enfrentarse con la dificilísima aventura de aclimatarse a un país nuevo, en este caso México.⁵² A través de datos impersonales en los que analiza teóricamente los escollos que un escritor emigrado puede encontrar en un país del mismo idioma adivinamos su personal conflicto, pero, [al] menos en este caso, nos alegra constatar el triunfo, fruto indudablemente de un ingente esfuerzo (Varo, 1968).

La recensión es elogiosa y detallada, con un resumen muy completo y parafrástico del contenido de cada capítulo, en el que no vale la pena detenerse. Por fin, desde Norteamérica y en un plano más técnico se mueve Russell Sebold, entonces un hispanista emergente en un dieciochismo español en curso de renovación, quien escribió una reseña bastante larga en *Hispanic Review*. Destacaba también por encima de todo el tema del exilio y su carácter vivencial: «the essays dealing with exile are also the most compelling [...]. The first (1948) is extremely moving because Professor Llorens' interpretation of the Romantic texts he quotes are clearly conditioned by poignant personal memories of the first nine years of a painful exile» (Sebold, 1970). Sobre esa línea incide luego capítulo por capítulo mostrando en muchas ocasiones desacuerdos y reparos a contenidos concretos, dentro de un criterio general favorable. En ese sentido, Sebold registra el avance que esos temas habían experimentado entre los estudiosos de la literatura española desde el momento en que Llorens publicó la mayor parte de los trabajos allí reunidos. Él había contribuido poderosamente a ese avance, que ahora lo iba dejando en parte obsoleto. No hay mayor reconocimiento.

El sillón U de la Academia

Max Aub, uno de los más lúcidos e irreductibles entre los desterrados, fingió en 1971 un apócrifo discurso de ingreso en la Real Academia

52. Es obvio que no se había documentado mucho, ya que Llorens nunca vivió en México.

Española, que él situaba en 1956 y sin la guerra de por medio. Fernando de los Ríos era el Presidente de la República y Américo Castro dirigía la Academia. Ese tan irónico como lacerante ejercicio de historia contrafactual muestra en toda su brutalidad la mutilación de la literatura española, al distribuir entre los académicos en ejercicio en ese momento a una larguísima lista de insignes exiliados, que nunca pudieron entrar por más que lo mereciesen, mezclados con una nómina bastante más reducida de insignes hombres de letras del bando franquista. Allí, en esa imaginaria Academia se sentaba en el sillón U don Vicente Llorens por mérito propio (Aub, 2008: 362).⁵³ Aub, tal vez llevado por la amistad o por considerar al valenciano representante de la generación ya más anciana —la suya misma—, adelantaba su ingreso académico al 2 de junio de 1934, fecha que tal vez significara algo para ellos, pero inverosímil, pues entonces Llorens, recién regresado a España, tenía solo 28 años y carecía de obra que lo justificara.

Con el tiempo sí alcanzaría esa relevancia, gracias en parte al exilio, pero no sabemos —ni Aub lo fabula— cómo hubiera evolucionado su obra de no haberse producido la guerra y la diáspora. Acaso habría sido del todo distinta, acaso mejor, acaso más anodina. Pero la historia no mira hacia atrás y Llorens tuvo, como todos los demás, aunque antes que la mayoría, que regresar en vez de permanecer. Y en ese 1956 en que Aub sitúa su fabulación, Llorens principiaba ese melancólico viaje de retorno que a su amigo le estuvo negado por tantas razones. Lo único que podemos saber a ciencia cierta es lo que hizo, no lo que pudo haber hecho, y en ese sentido el libro de 1967 es su verdadero discurso de ingreso.

Literatura. Historia. Política. (Ensayos) fue un eficaz instrumento para difundir las investigaciones de Llorens y su visión del exilio. Un libro,

53. Ignoro si pretendía mandar algún mensaje, pero la silla U la ocuparon Leopoldo Eijo Garay (el muy franquista obispo de Madrid-Alcalá) entre 1927-1963 y Alfonso García-Valdecasas entre 1965-1993 (antiguo republicano que luego fue uno de los fundadores de Falange y un alto cargo gubernamental en los primeros gabinetes franquistas hasta que su deriva monárquica lo alejó del poder en 1944). Llorens, pues, reemplazaba simbólicamente a prohombres de la España reaccionaria y pilares del bando vencedor.

vendido en una generosa tirada por una editorial de prestigio, permite accesibilidad y permanencia mucho mayores que las revistas donde los textos salieron originalmente, algunas de ellas inencontrables en España y en otros lugares. Garantizó que sus contenidos fuesen leídos durante décadas, y cualquiera que esté familiarizado con la bibliografía crítica sobre los asuntos abordados en los doce capítulos, podrá confirmar su presencia constante, manifestada en infinidad de citas y referencias. Pero más allá del impacto específico, este volumen cierra simbólicamente el destierro de Llorens y abre un periodo de su carrera en que, en la práctica, se lo puede considerar un intelectual del interior, sin tampoco dejar de ser un intelectual del exilio. El desterrado había vuelto a casa, pero eso no implicaba que la familia se hubiese reagrupado en concordia bajo el mismo techo, ni que la armonía fraternal conjurase los agravios de juventud ni las querellas por la futura herencia. Por si acaso, cada cual guardaba la llave de su propia habitación.

Bibliografía

- AA. VV. (2006), monográfico sobre Vicente Llorens, *Laberintos. Revista de estudios sobre los exilios culturales españoles*, 6-7.⁵⁴
- ALCALÁ GALIANO, Antonio (1969), *Literatura española siglo XIX. De Moratín a Rivas*, Alianza Editorial, Madrid. Trad., intr. y notas de Vicente Llorens.
- ALONSO, Cecilio y Amparo RANCH SALES (1998), «Vicente Llorens Castillo: cartas desde la emigración, 1939-1956. Correspondencia con Eduardo Ranch Fuster», en *El exilio literario español de 1939. Actas del Primer Congreso Internacional (Bellaterra, 27 de noviembre-1 de diciembre de 1995)*, GEXEL – Cop d’Idees, Barcelona, I, pp. 471-488.
- (2003), «Max Aub y Vicente Llorens. Epistolario, 1952-1972», *Laberintos. Anuario de estudios sobre los exilios culturales españoles*, 2, pp. 107-130.
- AUB, Max (2008), *Escritos sobre el exilio*, Renacimiento, Sevilla. Ed. de Manuel Aznar Soler.
- AZNAR SOLER, Manuel (2006), «Maestros y amigos en el exilio republicano: el epistolario entre Pedro Salinas y Vicente Llorens (1939-1951)», *Laberintos. Revista de estudios sobre los exilios culturales españoles*, 6-7, pp. 202-282.
- (2006b), «Vicente Llorens en la Francia de 1939: la encrucijada vital de un intelectual republicano exiliado», *Laberintos. Revista de estudios sobre los exilios culturales españoles*, 6-7, pp. 106-124.
- AZNAR SOLER, Manuel y Juan P. GALIANA CHACÓN (2006), *Vicente Llorens: el retorno del desterrado*, Biblioteca Valenciana – Sociedad Estatal de Commemoraciones Culturales, Valencia – Madrid. Catálogo de exposición.
- AZNAR SOLER, Manuel y José-Ramón LÓPEZ GARCÍA (eds.) (2016) , *Diccionario biobibliográfico de los escritores, editoriales y revistas del exilio republicano de 1939*, Renacimiento, Sevilla, 4 tomos.

54. Incluye artículos de José Luis Abellán, Andrés Amorós, Guillermo Carnero, Manuel Durán, Claudio Guillén, Federico Ibáñez Soler, Luis López Molina, José Carlos Mainer, José María Micó, José Ricardo Morales, Amparo Ranch Sales, Leonardo Romero Tobar, Roberto Ruiz, Manuel Aznar Soler, Josefina Bauló, Carlos Blanco Aguinaga, Víctor Fuentes, Juan Goytisolo, Clara Lida, Jaime Salinas, Iris Zavala y Germán Ramírez Aledón.

- BAULÓ DOMÉNECH, Josefa (2006), «Vicente Llorens y las polémicas del regreso. Venir o volver», *Laberintos. Revista de estudios sobre los exilios culturales españoles*, 6-7, pp. 125-135.
- BLANCO WHITE, José María (1971), *Antología de obras en español*, Labor, Barcelona. Ed. de Vicente Llorens.
- (1972), *Cartas de España*, Alianza, Madrid. Ed. de Antonio Garnica; introd. de Vicente Llorens.
- DURÁN LÓPEZ, Fernando (2016b), «Algo más sobre la infundada atribución a Blanco White de la novela *Vargas*, de Alexander Dallas, con unas páginas inéditas de Vicente Llorens», *Cuadernos de Ilustración y Romanticismo*, 22, pp. 483-489.
- (2017), «Algo bueno he hecho en mi vida»: Vicente Llorens y la resurrección de Blanco White», en Fernando Durán López y Manuel Aznar Soler (eds.) (2017: 123-179).
- DURÁN LÓPEZ, Fernando y Manuel AZNAR SOLER (eds.) (2017), *Espejos retrospectivos y avatares anticipados. Estudios sobre Vicente Llorens y otras relecturas de las emigraciones políticas del XIX por los exiliados republicanos de 1939*, Editorial Renacimiento (Biblioteca del Exilio, Anejos nº 32), Sevilla.⁵⁵
- FRUTOS, Eugenio (1968), reseña de *Literatura. Historia. Política*, en *Ínsula*, XXIII, nº 255 (febrero), pp. 8-9.
- GUILLÉN, Claudio (2003), *De la continuidad. Tiempos de historia y de cultura. Discurso leído el día 2 de febrero de 2003 en su recepción pública, por el Excmo. Sr. don ... y contestación del Excmo. Sr. don Francisco Rico*, Real Academia Española, Madrid.
- HALL, H. B. (1969), reseña de *Literatura. Historia. Política*, *Bulletin of Hispanic Studies* (Liverpool), 46.2 (abril), p. 174.
- JULIÁ, Santos (2002), «¿Falange liberal o intelectuales fascistas?», *Claves de razón práctica*, nº 121, pp. 4-13.
- L. R. T. (1968), reseña de *Literatura. Historia. Política*, *El libro español. Revista mensual del Instituto del Libro Español*, t. XI, nº 122 (febrero), p. 178.
- LARRAZ, Fernando (2010), «La recepción de la literatura del exilio republicano en la revista *Cuadernos Hispanoamericanos* (1948-1975)», *Bulletin hispanique*, 112.2, pp. 714-741.

55. Además de otros trabajos sobre distintos escritores republicanos exiliados, este volumen incluye estudios específicos sobre Llorens de Salvador García Castañeda, Germán Ramírez Aledón, Alberto Romero Ferrer, David Loyola López, Yasmina Yousfi López, Fernando Durán López y Manuel Aznar Soler.

- LARRAZ, Fernando y José-Ramón LÓPEZ GARCÍA (coords.) (2016), *El exilio republicano de 1939 y el hispanismo en Estados Unidos [dossier]*, *Laberintos. Revista de estudios sobre los exilios culturales españoles*, nº 18, pp. 111-280.
- LLORENS, Vicente (1954), *Liberales y románticos. Una emigración española en Inglaterra (1823-1834)*, El Colegio de México, México (varias reediciones).
- (1967), *Literatura. Historia. Política. (Ensayos)*, Ediciones de Revista de Occidente, Madrid.
- (1980), *El Romanticismo español*, Castalia, Madrid (varias reediciones).
- (1981), *Aspectos sociales de la literatura española*, Castalia, Madrid (1^a ed. de 1974).
- (2003), «La discontinuidad cultural española», *Laberintos. Anuario de estudios sobre los exilios culturales españoles*, nº 2, pp. 95-106. Ed. de Manuel Aznar Soler.
- (2006), *Estudios y ensayos sobre el exilio republicano de 1939*, Renacimiento, Sevilla. Ed. de Manuel Aznar Soler.⁵⁶
- (2006b), *Memorias de una emigración. Santo Domingo, 1939-1945*, Renacimiento, Sevilla. Ed. de Manuel Aznar Soler (1^a ed. de 1975).
- LOYOLA LÓPEZ, David (2017), «*El desterrado y su mundo*: la antología inconclusa de Vicente Llorens», en Fernando Durán López y Manuel Aznar Soler (eds.) (2017: 77-103).
- MAINER, José Carlos (2006), «Literatura. Historia. Política (1967), de Vicente Llorens: un libro de su tiempo», *Laberintos. Revista de estudios sobre los exilios culturales españoles*, 6-7, pp. 49-59.
- MALAGÓN, Javier (1981), «Los profesores españoles exiliados en la Universidad de Santo Domingo (1939-1949)», *Arbor*, t. 108, nº 423 (marzo 1981), pp. 323-337.
- QUIÑONES, Javier (2006), «“Homenaje a los que nos han seguido”. Max Aub en *Papeles de Son Armadans*», en Manuel Aznar Soler (coord.), *Escritores, editoriales y revistas del exilio republicano de 1939*, Renacimiento, Sevilla, pp. 285-297.
- RAMÍREZ ALEDÓN, Germán (2011), «Ecos del exilio liberal en el exilio republicano», *Laberintos. Revista de estudios sobre los exilios culturales españoles*, 13, pp. 123-162.
- RANCH SALES, Amparo (2001), «Itinerarios culturales y rasgos humanos del Professor Vicente Llorens Castillo», en María Fernanda Mancebo, Marc Baldó y Cenilio Alonso (eds.), *L'exili cultural de 1939. Seixanta anys després*, Universidad, Valencia, I, pp. 363-378.

56. Incluye dos de los ensayos también recogidos en *Literatura. Historia. Política: «El retorno del desterrado» y «Entre España y América»*.

- SEBOLD, Russell P. (1970), reseña de *Literatura. Historia. Política*, en *Hispanic Review*, 38.1 (enero), pp. 98-103.
- SUÁREZ-GALBÁN GUERRA, Eugenio (1992), «Asomándose a *Sin Nombre*», *Cahiers du CRICCAL*, n° 9-10 («Le discours culturel dans les revues latino-américaines, 1940-1970»), pp. 87-98.
- VARO, Carlos (1968), reseña de *Literatura. Historia. Política*, en *La Torre*, t. XVI, n° 62 (octubre-diciembre), pp. 232-240.
- YRACHE, Luis (1968), reseña de *Literatura. Historia. Política*, en *Revista de Occidente*, t. VI (2^a época), n° 65 (agosto), pp. 226-230.
- ZULETA, Emilia de (1968), reseña de *Literatura. Historia. Política*, en *Cuadernos de Filología* (Universidad Nacional de Cuyo, Argentina), n° 2, pp. 140-142.